

LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALEM

Transcripción de Elena Montagud y Violeta Ros
(Máster de Estudios Hispánicos Avanzados de la Universitat de València)



**AQUÍ COMIENÇA LA HYSTORIA DEL NOBLE VESPASIANO,
EMPERADOR DE ROMA;
CÓMO ENSALÇÓ LA FE DE JESUCHRISTO,
PORQUE LO SANÓ DE LA LEPRA QUE ÉL TENÍA,
Y DEL DESTRUIMIENTO DE JERUSALEM
Y DE LA MUERTE DE PILATUS**

COMIENÇA EL LIBRO

A cabo de quarenta e dos años que Jesu Christo Señor fue puesto en la cruz, havia un hombre que era emperador en Roma, el qual avía nombre Vespasiano, el qual señoreaba el Imperio romano, e Lombardía, e Toscana, e Jerusalem, e muchas partidas del mundo, e avía un fijo que avía nombre Titus. Este emperador Vespasiano adorava los ydolos, e avía grandes riquezas, e deleitábase en los vicios carnales deste mundo. E por el pecado en que bivía, nuestro señor Jesu Christo embióle una enfermedad muy grande en la su faz, e aquesta enfermedad e llaga que tenía, todos los días le crecía tanto, que todos los de la corte del emperador, veyendo que cada día empeorava, ovieron acuerdo que oviessen físicos e çurujanos, los mejores que pudiesen aver. Assí que ovieron de embiar por muchas partes del imperio que viniessen los mejores físicos e çurujanos a Roma por sanar al emperador, assí que en pocos días fueron ayuntados muchos físicos e çurujanos en Roma por sanar al emperador, e assí como fueron ayuntados ovieron de consejo que fuessen todos a ver el emperador. E quando fueron ante él, e vieron la su dolencia, acordaron cada uno por sí todos en uno curassen del emperador. Y quanto más le hazían, más crecía, e tanto que hombre no le podía ver los dientes ni las quixadas. Assí que los físicos, desque vieron que no lo podían sanar ni guarecer, todos se fueron para sus tierras, de manera que no quedó físico ninguno ni çurujo en Roma, que todos lo desampararon y por miedo del emperador ay no quedaron.

Y desque vio el emperador que todos los físicos e çurujanos lo havían desamparado, pensó entre sí que no sería mucha la su vida, pero que antes que muriesse quería que fuesse su fijo Titus emperador, por que rigesse e governasse todo el imperio. E hizo venir ante sí el su senescal, el que avía nombre Gays, e mandóle que fiziesse hazer cartas, e mandó por todo el imperio, de parte del emperador, a todos los reyes e duques e condes que dende en ciertos días fuessen juntados en Roma, por razón que el emperador quería tener cortes e quería coronar a su hijo Titus emperador. E assí que las cartas e los mandados se hizieron por todo el imperio, e en pocos días fueron ayuntados en Roma reyes e duques e condes, e otros muchos grandes hombres e muy muchas compañías. E quando fueron llegados, fueron a ver el emperador a los palacios donde estava, e hizieronle reverencia, e miráronle en la faz, e viéronle tan feo e de mala dolencia, que no pudieron estar que no llorassen del fiero mal de su señor. E el emperador, quando los vido así llorar a todos, empeçóles de dezir estas palabras:

—Nobles reyes e hermanos, no lloréys por esta dolencia que los nuestros dioses nos han dado, mas quando a ellos plazera, ellos nos sanarán, mas rogadles que nos quieran dar salud.

CAPÍTULO I. —De la respuesta que dio el senescal al emperador

Entonces respondió Gays su senescal, que estava delante del emperador:

—De vos me maravillo mucho, señor, e cómo podéys dezir que los vuestros dioses, que son ydolos, ayan poder de os sanar de vuestra dolencia, ca ellos no han poder de fazer bien, sino todo mal. La razón, porque en el mundo no ay sino un Dios todopoderoso, el qual fizó y formó todo el mundo, e es mayor que los vuestros dioses, que no han poder de os sanar, mas hazer mucho mal.

CAPÍTULO II. —De las palabras que eran entre el emperador e su senescal

Respondió el emperador a Gays su senescal, e díxole:

—¿Cómo sabes tú que otro dios ay sino los nuestros?

—Señor, yo lo sé muy bien, e dezírvoslo he cómo lo sé. Devéys saber, señor, que en el tiempo que vuestro señor padre César Augusto era bivo y era emperador, aquí en Roma avía un hombre que era discípulo de un gran propheta que mataron los judíos en Jerusalem, y predicava aquí en Roma a muchas gentes escondidamente, por miedo de vuestro padre y de las sus gentes que no lo matassen. Y dezía cómo en Jerusalem avía estado un grande profeta, el qual avía nombre Jesu Christo, y que este santo profeta, que tenía setenta y dos discípulos que yvan con él, y que entre estos discípulos eran los doze de su secreto, y de aquestos doze fue el uno que lo vendió a los judíos por treynta dineros, el qual avía nombre Judas Escarioth. Y quando hovo recebido los treynta dineros, que se arrepintió de la trayción y del gran mal que avía hecho, y que tornó los dineros a los judíos, mas ellos no los quisieron tomar, que él los echara del templo de Salomón y que se fue a ahorcar, y que los diablos le llevaron la su ánima a los infiernos para siempre. Y que los judíos traydores tomaron al santo propheta muy abiltadamente por los milagros que hazía, ca él sanava a los enfermos de qualquier enfermedad que fuesse, y sanava los contrechos, y sanava los endemoniados, y resucitava los muertos. Assí, señor, por el bien que aquel santo propheta hazía, oviéronle muy grande embidia los traydores de los judíos, y assí que lo acusaron delante del adelantado Pilatos, y luego Pilatos juzgólo y atormentólo muy mal, ca él fue açotado y coronado de espinas, y fue enclavado con grandes y gruesos clavos por los pies y por las manos en una cruz; y más avía, que le dieron a beber fiel y vinagre, y más, señor, que le dieron una lanzada por el su costado. E assí que, señor, vós ved el galardón que le dieron por el bien que les hazía. Y por tanto, señor, yo no sé otro dios en el mundo sino un solo Dios todopoderoso, que hizo el cielo e la tierra e todos los hombres, y es mayor que todos los vuestros dioses. Porque, señor, yo no veo mejor sino que embiéis a Jerusalén, donde fue aquel sancto profeta crucificado, si por ventura pudiesen aver algunas cosas o reliquias que oviessen estado de aquel sancto profeta, o que le oviessen tocado, que creo yo que luego que vós, señor, la viésedes, que luego seríades sano, aviendo vos, señor, firme fe e esperança, e firme creencia en aquel santo profeta Jesu Christo cómo es verdadero Dios todopoderoso.

CAPÍTULO III. —De cómo el emperador preguntó si Jesu Christo creía en los ydolos

—Amigo Gays, dime tú si este sancto profeta creya en los nuestros dioses.

E respondió Gays el senescal, e dixo:

—De vos me maravillo, señor, cómo podéys dezir que el señor de todo el mundo crea en los ydolos ni en los vuestros dioses, que él es señor de los dioses e mayor que todos ellos.

CAPÍTULO IV. —De cómo el emperador embió a buscar las reliquias de Jesu Christo por señal de Gays

Respondió el emperador al senescal:

—Yo vos digo e vos mando que si ello assí es como dezís, que luego agora vos aparegéys para passar en Jerusalén allí donde era aquel santo profeta, ca yo prometo que si este sancto profeta me guarece de aquesta enfermedad e de aquesta dolencia, que yo vengaré la su muerte. E dezid a Pilatos, mi adelantado, que cómo no me ha embiado el tributo que me deve de siete años, e dadle esta carta mía.

E luego Gays el senescal se aparejó para passar en Jerusalén por mandado del emperador. E Gays tomó cinco cavalleros que lo acompañaron, e despidiéronse del emperador, e cavalgaron hasta un lugar que ha nombre Barleta y es puerto de mar. E quando Gays el senescal fue llegado al lugar, hizo armar una fusta para passar en Jerusalén, y en quinze días fue armada, e hizo poder en ella muchas viandas que fueron menester, e desque fue bastecida, metiéronse dentro. E nuestro señor Dios quiso que tomasen puerto en la cibdad de Acre e arribaron al puerto de Jafa, que es a tres jornadas de Jerusalén. E quando fueron en Jafa, estuvieron ay tres días, e de allí cavalgaron hasta Jerusalén tan solamente el senescal Gays e los cinco cavalleros, e toda la otra compañía quedó en Jafa.

CAPÍTULO V. —De cómo llegó Gayes en Jerusalem e de cómo lo acogió Jacob en su casa, e de cómo dixo el senescal Gays a Jacob por qué avía venido a Hierusalem

Al tercero día llegaron a las puertas de Jerusalem, e allí hallaron un hombre que avía nombre Jacob, el qual era padre de María Jacobe, y el senescal preguntó a Jacob a dónde avía posada. E Jacob respondió al senescal, e dixo:

—Señor, vos venid comigo, que yo vos mostraré buena posada.

E Jacob llevólo a su casa, e ovieron viandas, e refrescáronse y holgaron todo aquel día, e desque vino la noche dormieron e holgaron. Quando vino la mañana, Jacob se levantó antes que el senescal, e desque se levantó el senescal, Jacob lo tomó por la mano e díxole:

— Señor huésped, seáys muy bien venido e toda vuestra compañía, por que vos ruego que me digáys de dónde soys, e cómo os dicen, e por qué causa soys venido a esta cibdad, ca por ventura yo vos daría recaudo, e no quedad por mí de vos dar buen endereço de todo, assí como si fuédeses mi hermano, e desto aved vuestro acuerdo, que no sé más que vos diga.

Respondió el senescal, e dixo a Jacob:

—Señor, a mí dizen Gays, e soy de Roma, e senescal de mi señor e vuestro el emperador, e soy venido en esta tierra por mensajero de mi señor, e por hallar algunas cosas que sean provechosas a él. Porque vos avéys de saber que mi señor el emperador ha una dolencia muy fuerte en la su faz, e no se ha podido hallar físicos ni çurujanos en el mundo que lo puedan guarescer. Porque aquella dolencia cada día crece, assí que le ha gastado e comido la su faz de manera que le parescen los dientes e las quixadas; e quanto más melezina le ponen en la llaga, más crece y empeora. Porque sabed que yo soy venido en esta tierra si por ventura podría hallar aquí algunas cosas que fuessen provechosas para mi señor, para lo sanar de aquella fuerte dolencia, porque vos ruego que no sea encubierta ninguna cosa que sea provechosa para mi señor, e sabed que yo no tornaré jamás a Roma hasta que halle remedio para mi señor el emperador; por tanto, señor, os plega que si sabéys

algunas cosas que sean provechosas, que no me sean negadas, e yo hazervos he el mayor de la casa de mi señor el emperador sobre quantos en ella son.

CAPÍTULO VI. —*De las palabras que dezía Jacob al senescal que si creya el Emperador en Jesu Christo*

Respondió Jacob, e dixo al senescal:

— Señor huésped, ¿sabéis vos si mi señor el emperador cree en aquel santo profeta que aquí en esta cibdad tomó muerte e pasión, que yo lo vi e ayudé a descender de la cruz, e otro su amigo, que avía de nombre Joseph Abarimatía, y lo posimos en un monumento que Joseph avía hecho hazer para sí, e resucitó al tercero día?

Dixo el senescal:

— Señor, mi señor adora los ydolos, e no dexaría por ninguna guisa de adorar de aquellos.

Y respondió Jacob, e dixo:

— Señor, tornavdos para Roma a mi señor el enperador, e dezidle que si [no] cree en el santo profeta, que por ningún tiempo no guarecerá, mas si él cree que es el verdadero Dios todopoderoso, luego será sano de la enfermedad, así como muchos otros son sanos por la su creencia. E contaros he un gran milagro que en esta cibdad acaeciò. Una muger que avía nombre Verónica, e fue de tierra de Galilea, la qual avía muy gran enfermedad e fuerte, de guisa que no osava estar entre las gentes, e como ella supo que el sancto profeta llevavan a la cruz, ovo muy gran dolor. Como ella creya en su coraçón que aquel señor la sanaría de la su enfermedad, llorando vino para el lugar del monte Calvario, adonde los judeos avían de poner a Jesu Christo en la cruz, e al pie de aquella cruz estava entendiendo su madre con un discípulo que dezían Juan. E la Verónica, desque oyó de cómo le llevavan tan abiltadamente, tenía en su mano un paño de lino, e quando el santo profeta emparejó con ella, díxole: «Muger, dame esse paño con que me alimpie la faz». E la santa Verónica diógelo, e quando el santo profeta hovo alimpiado la su faz, tornógelo, e díxole assí: «Muger, alça esse paño, que con esse sanarás». E quando la Verónica lo tovo assí, abrió el paño e vio en él la faz del sol santo profeta, e luego fue sana e limpia de toda dolencia, bien assí como el día en que nasció, por la buena creencia que ella havía en el santo propheta Jesu Christo todo poderoso, que es e será por siempre.

CAPÍTULO VII. —*Cómo Gays rogó a Jacob que embiasse por la muger Verónica*

Respondió Gays el senescal a Jacob, e díxole:

— Señor, todo esto creo yo verdaderamente, mas yo vos ruego que embiedes por essa muger Verónica, y llevarla he a mi señor el emperador, ca yo sé bien que él creerá firmemente todas estas cosas quando él será sano de la su enfermedad. E toda la christiandat será ensalçada. Y aún yo creo que vengará la muerte del santo profeta.

Jacob luego embió por la Verónica que viniesse a él; y ella luego vino ante el senescal del emperador que la avía menester. Y quando Verónica fue delante del senescal, Jacob le dixo la razón por que el senescal era allí venido, e de cómo ella avía de yr en Roma para guarescer e sanar al emperador, que estava muy mal enfermo de fuerte dolencia. E Verónica dixo que le plazía de yr a Roma, que ella creya con la voluntad de Dios, con la qual ella guaresciera e sanara, que el emperador guaresciera, e todo el pueblo creería en Jesu Christo si el emperador quisiese creer firmemente

al santo profeta. E Gays el senescal ovo grande gozo quando vio la buena voluntad de Verónica, e se aparejó para tornar a Roma a su señor el emperador. E Gays el senescal se acordó e dixo a Jacob:

—Yo quiero hablar con Pilatos.

E Jacob le dixo:

—Yo yré con vos.

E ambos a dos se fueron a Pilatos, e habláronle delante del templo de Salamón, e el senescal saludóle, e díxole:

—Pilatos, yo mensajero só del emperador mi señor e vuestro que es. Mándavos que por mí le embiedes el tributo que le devéys de vij años, e avéys hecho muy mal en no le embiar el tributo de cada año, e por cierto el emperador se tiene de vos por mal pagado. Mas, empero por quanto esta tierra es tan lueña, yo vos escusare lo más que pudiere, en tal manera que no vos lo terná en mal, e desto aved vuestro acuerdo e consejo; catad aquí que yo soy el senescal, y creedme lo que vos digo por mi señor, e aya vuestra respuesta.

E quando Pilatos ovo entendido al senescal, recibido la carta, e fizole mal rostro, e respondióle muy altivamente e amenazándole, e díxole que avría en acuerdo. Y luego Pilatos se apartó con un mal hombre que era su senescal, que avía nombre Barrabás, el qual leyó la carta del emperador, e quando ovieron ambos a dos hablado, tornáronse a la otra gente allá donde estava el mensajero del emperador con Jacob, e en presencia de todos dixo Barrabás:

—Señor Pilatos, yo vos do por consejo que no embiedes el tributo al emperador ni lo tengades por señor, mas le cumple a él que sea señor de Roma e de Lombardia. E aún os digo más, que seguro podéys estar desto: que si el emperador acá quisiere venir o passar con sus compañas, que por mengua de agua no puede mucho estar ni bivar en esta tierra, e quanto mayor poder viniere, mayor daño será suya, ca se perderán de sed las sus compañas, por lo qual, señor, no os cabe tener miedo del emperador.

E Pilatos tovo por bueno el consejo que le dio Barrabás, e quiso prender al senescal del emperador por lo matar, mas Barrabás le dixo:

—Señor, no lo fagades; ca mensajero no deve recibir mal, antes puede dezir todo quanto quiere del emperador e de qualquier que lo embía en la mensajería.

E con tanto se partió Gays el senescal de Pilatos mal pagado, e salióse diziendo que mal consejo avía tomado Pilatos. E quando fue a casa de Jacob, tomó licencia d'él e de toda su compañía, e prometióle que lo pondría en gracia e merced del emperador, e dióle gracias e mercedes del servicio que hecho le avía. E salió de Jerusalem con la muger Verónica e con los cinco cavalleros que lo acompañavan, e vanse por sus jornadas hasta que fueron en Cesarea, e allí entraron en la nao que vieran, e andovieron su viaje fasta que fueron en Acre. E nuestro señor Dios quiso darles tan buen viento que en pocos días llegaron a Barñeta, donde llegaron con gran gozo que tornavan a su tierra. E allí estuvieron dos días, e al tercero día cavalgaron en sus cavallos, e vanse para Roma; e el senescal avía grande esperança en el santo profeta que su señor sanaría, por donde él alcançaría honra e mucho provecho. Y con esta esperança cavalgó el senescal con la santa muger Verónica e con la otra su compañía por sus jornadas, hasta llegar a Roma, en donde el emperador lo estava aguardando con grande deseo.

CAPÍTULO VIII. —De cómo plugo al emperador con la venida de Gays su senescal

Quando el emperador oyó dezir que Gays su senescal era venido, ovo gran gozo e plazer, e deseava mucho hablar con él por la su salud. En la sazón que Gays su senescal fue llegado a Roma,

el emperador avía hecho juntar sus cortes de todos los nobles de su imperio, assí de reyes como de duques e de condes, e de otros muchos cavalleros, por quanto el emperador estava muy mal de su dolencia, e temía que no sería mucha la su vida. E por esto quería coronar a su hijo Titus el emperador, por tal que rigese todo el inperio. E el segundo día que Gays el senescal fue llegado a Roma, quando querían coronar a Titus por emperador, quando el emperador vido a Gays su senescal, ovo muy gran plazer, e preguntóle que si havía hallado alguna cosa con que él oviesse salud e sanasse de su enfermedad, e el senescal respondió:

— Señor, alegráos e dad gracias aquel santo profeta Jesu Christo, el qual por los falsos judíos fue traýdo a la muerte en Jerusalem a gran tuerto. Ca yo he hallado una muger del santo profeta Jesu Christo, la qual me mostró Jacob, vuestro leal servidor e vassallo vuestro, el qual es amigo de aquel sancto profeta. E aquesta muger he traýdo, la qual trae un paño, en el qual está figurada la faz de aquel señor todo poderoso que en la cruz murió. Luego, señor, que vos veades aquel santo paño, aviendo firme creencia en aquel santo profeta que puede fazer todas estas cosas en vos dar salud a vos e a todos los enfermos, e demandándole merced, luego seréys sano e limpio de vuestra enfermedad, bien assí como aquella muger que vos he aquí traýdo, que estava assí como vos, e con aquel señal de Jesu Christo guareció e sanó. Porque vos digo en verdad, señor, que vos adorando en aquél que es verdadero hombre todopoderoso, que tomó carne humana de la virgen Santa María, e nació sin dolor e sin corrompimiento que ovo aquella; e quiso morir en la cruz por salvar el humanal linaje, e después resucitó al tercero día, e a los quarenta días se subió a los cielos después que fue resuscitado en presencia de los sus apoóstoles; e después, al cabo de los x días de subido, embió el espíritu sancto sobre los apóstoles, e descenderá el día del juycio verdadero, Dios e verdadero hombre, e juzgará los buenos e los malos, e cada uno dará su galardón según que avrá servido e fecho. E despues, señor, es menester que os baptizedes con el agua del Espíritu Sancto, bien assí como los vuestros cristianos, e luego seréys sano, e si todas aquestas cosas vos no hazéys, no podréys guarecer de la vuestra enfermedad e de la vuestra dolencia por ningún tiempo. Y todas estas cosas he deprendido, señor, de un sermón que yo oý predicar en esta cibdad en el tiempo de vuestro padre; e aún más en Jerusalem de Jacob, el vuestro leal vasallo, e amigo del sancto profeta Jesu Christo.

CAPÍTULO IX. — *De cómo dixo el emperador que si Dios lo dava salud, que él vengaría la muerte de aquel sancto profeta Jesu Christo*

Respondió el emperador:

— Todas estas cosas que me avéys dicho creo yo firmemente, e dígovos en verdad que si el sancto profeta Jesu Christo todo poderoso me quisiere dar salud en el mi cuerpo, según que yo la avía, que yo vengaré la su muerte e le compliré todo quanto yo le he prometido, e ruégovos que me fagades venir la muger que traxistes de Jerusalem, e trayga el santo paño que dezís muy santamente e ordenadamente, assí como pertenesce a tanto profeta.

E el senescal le respondió:

— Señor, si a vos plaze, de mañana quando será toda la gente llegada, yo traeré la santa muger delante vos, e todas las gentes verán el grandíssimo milagro, e creerán mejor en el santo profeta Jesu Christo, e quando vos, señor, seréys sano, podréys mejor coronar el vuestro noble hijo Titus emperador.

Y el emperador Vespasiano tuvo por bueno el consejo que le dio el senescal, e dixo:

— Que a honra e gloria de Dios sea hecho.

El senescal se tornó, e quando fue en su casa, dixo a la sancta muger Verónica:

— Mi señor vos ruega que de mañana en amaneciendo que váys ante él. E aparejadvos, e rogad aquel santo profeta Jesu Christo que por la su piedad quisiera mostrar el su poder e mostrar milagro en el emperador, según que en vos lo mostró en este sancto paño, porque todo el pueblo crea firmemente en Dios todo poderoso.

La santa muger Verónica no lo puso en olvido, antes se entró luego en una cámara que le fue dada por el senescal, e allí estuvo toda la noche, las rodillas e los codos hincados en tierra delante del santo paño do estava la faz de Jesu Christo, haziendo su oración muy devotamente a nuestro señor Jesu Christo, e la oración es esta en que se sigue.

CAPÍTULO X. — *De la oración que hizo la Santa Verónica*

— ¡Señor, verdadero Dios, que acogiste al tu sancto nombre e diste la tu gracia a los tus apóstoles Sant Pedro e Sant Pablo, e a todos los otros mártires. Tú, señor, sana a este noble emperador de la fuerte enfermedad que tiene, porque crea y adore a un Dios todo poderoso, verdadero Dios e verdadero hombre. E porque todo el su pueblo en uno venga al santo bautismo. Señor, verdadero Dios, sánalo bien, assí como sanaste a mí; e por la tu piedad e honra de la bien aventurada virgen Santa María, tu madre!

E toda la noche estando la santa muger en la dicha oración, el emperador estuvo pensando toda la noche en las palabras que el su senescal le avía dicho; e dezía entre sí mesmo, que cómo se podía hazer que nuestro señor Dios descendiese del cielo, e que en el vientre de la virgen tomase carne humana; y que muger virgen pudiesse concebir sin corrumpimiento, e sin simiente de hombre pudiesse parir. E aún se maravillava mucho cómo pudiesse ser que ningún otro lo llevase a la muerte y él lo quisiesse; y que el criador de todo el mundo pudiesse morir por ninguna persona, y cómo era contra derecho. E aún pensava más en la resurrección e ascensión. Y estando assí adormióse. Y fuéle semejante que él estoviesse en un palacio, y que en aquel palacio avía una cámara muy ricamente labrada, y que las puertas de aquella cámara que eran tan bien puestas y juntadas, que hombre no las podía conocer que allí oviesse puertas. Ca ella era muy bien cerrada, sin finestra e sin horado ni agujero; y estando assí el emperador vino a él un infante, e entró por la su cámara. Y quando el emperador esto vido, fue mucho maravillado, y acostóse al lugar por donde este infante era entrado, e paró mientes por toda la cámara, assí en derredor como de arriba y de abaxo, y no halló lograr ni señal por donde aquel infante oviesse entrado. E pensando en esto, fue fasta el cabo del palacio, e quando él se bolvió, vido el infante. E el emperador maravillóse mucho de lo que havía visto e dixo entre sí:

— ¿Qué cosa es esta? ¿Qué milagro es éste deste infante? ¿Por dónde entró?

Y el infante le dixo:

— Emperador, no dudes en la encarnación de Dios Jesu Christo, e miénbrasete de todo esto que has visto, e creer las palabras que el tu senescal te ha dicho. E escucha e cree las palabras que los mis discípulos te dirán, predicando en mi nombre.

E con tanto desaparecióle el infante; e quando el emperador despertó, fue mucho maravillado desto que havía visto; e dixo en su corazón:

— Si aquel santo profeta, que fue muerto en Jerusalén e fue juzgado a gran tuerto por Pilatos mi adelantado a requerimiento de los judíos, e resucitó al tercero día que fue muerto, me da salud, yo tomaré vengança de los falsos judíos que lo mataron, luego que sea sano. E como aya to-

mado vengança en Hierusalem, e seré tornado en Roma si a Dios plaze, yo me faré baptizar, e todo el pueblo e todo mis cavalleros.

CAPÍTULO XI. —*De la boz del ángel que dixo a la Verónica en cómo hallaría de mañana a Sant Clemente a la puerta*

Mientras que la Verónica estava en oración vínole una boz del cielo, la qual le dixo:

— Muger, buenas obras hazes; levántate de mañana, e saldrás fuera de casa, e encontrarás un amigo de Dios, el qual ha nombre Clemente, e llámalo por su nombre.

Y luego desapareció la boz; e quando fue de día claro, sant Clemente se levantó a fazer oración, e vino una boz del cielo que le dixo:

—Clemente, vete e passa por la puerta del senescal del emperador, e pon tu coraçón en esto que te será mostrado.

E sant Clemente hizo lo que la boz le dixo; e fuesse a la puerta del senescal, e la Verónica salió fuera de la puerta, e halló ay el santo hombre, e díxole:

—Hermano Clemente, Jesu Christo sea contigo.

E el santo hombre ovo muy gran gozo como oyó hablar de Jesu Christo, e maravillóse cómo la sancta muger lo llamó por su nombre. E ella dixo:

—Hermano, no temas, que oy será ensalçada la christiandad por ti. Ca sepas que yo soy aquella muger que estava enferma en Galilea, e me guaresció el santo profeta Jesu Christo con un santo paño, el qual yo le di quando lo llevavan a crucificar en la cruz. E sepas que en este paño está figurada la faz del santo profeta; e yo soy aquí venida por guarecer al emperador según que yo guarecí por virtud del sancto profeta Jesu Christo. E vós aparejáos de hazer vuestro sermón al emperador e a todo su pueblo en el nombre de nuestro señor Jesu Christo.

E sant Clemente conoció que por voluntad e por mandamiento de Dios era hecho. E dixo:

—Muger, a plazer de Dios sea; mas ruégovos que me digáys vuestro nombre.

E ella le dixo que Verónica avía nombre. Con tanto, el santo hombre tomó licencia de la Verónica, e púsose en oración en tal que Dios le ayudasse en el sermón que avía de hazer ante el emperador e del su pueblo, por que él fuesse tal que fuessen dadas gracias e loores a Dios e a la sancta fe católica, e por que ella fuesse ensalçada.

CAPÍTULO XII. —*De cómo el emperador no quiso adorar los ydolos, e fue sano con el santo paño de la Verónica*

Quando el día fue claro e el sol fue salido, el emperador no quiso adorar los ydolos como solía, por quanto no avía en ellos firme creencia por las palabras que su senescal le avía dicho. E el senescal fue por san Clemente e por Verónica, e vinieron delante el emperador; e allí fue juntado el pueblo e toda la corte para coronar a Titus. E Verónica traxo el santo paño en la su mano derecha muy honradamente. E quando fueron delante del emperador, la Verónica dio el santo paño a san Clemente, e todos a una hincaron las rodillas delante del emperador. E Verónica saludóle mucho honradamente, e díxole:

—Señor, escucha de coraçón el sermón de aqueste santo hombre que es discípulo del santo profeta Jesu Christo, e después del sermón, vos creed en todas las cosas que vos él dixiere, e seréys sano e limpio de la vuestra dolencia, si a Dios plaze.

Y el emperador mandó a todo el su pueblo e toda su corte que escuchassen el sermón de sant Clemente, e el santo hombre començó de predicar de la encarnación de Jesu Christo e de la Natividad, e de la Circuncisión, e del Baptismo, cómo fue baptizado en el río Jordán, e de la santa quaresma que él ayunó en el desierto, e cómo lo quiso tentar el diablo, e cómo Judas lo vendió a los judíos por treynta dineros, e de la su pasión, e cómo los judíos lo pusieron en la cruz, e cómo Pilatos lo juzgó a muerte en Jerusalem, e cómo Joseph Abarimatía, e Nicodemus, e otro cavallero que avía nombre Jacob, cómo descendieron el cuerpo del santo profeta de la cruz, e lo pusieron en el santo sepulcro que Joseph avía hecho para sí, e de la Resurrección, cómo resucitó al tercero día, e cómo Jesu Christo decendió a los infiernos, e sacó dende [a] los sanctos padres Adán y Eva, e a los patriarcas, e a todos los sus amigos, y de la Ascensión, cómo subió a los cielos, e cómo embió al espíritu sancto sobre los apóstoles, e cómo descendiera el día del juyzio verdadero Dios e verdadero hombre por juzgar los vivos e los muertos... E quando ovo luengamente predicado, feneció el sermón diziendo “amén”. Tan grande fue el plazer del emperador e de todo el pueblo e de toda la corte que ay estava, que ovieron del sermón de sant Clemente, que fue maravilla. E quando sant Clemente ovo acabado el sermón, viniéronse Verónica e él delante del emperador; e fincaron las rodillas ambos a dos antel emperador, demandando merced a nuestro señor Dios, e faziendo su oración sant Clemente desembolvió el santo paño a vista de todos, e llegáronse al emperador, e hízole adorar la figura de la faz de Jesu Christo. E como el emperador ovo adorado el sancto paño en virtud del sancto profeta, sant Clemente lo puso en la cara del emperador. E luego en essa ora fue sano e limpio de la dolencia, e bien assí como si en algún tiempo no oviesse avido dolencia alguna, e fue ligero e fuerte como qualquier mancebo que fuesse.

CAPÍTULO XIII. —*De la grande alegría que fue en la corte del emperador por la salud de su señor*

Mucha fue la alegría y gozo del emperador e de toda su corte de cómo lo vieron sano, que por la su salud muchos fueron ensalçados en el amor de Jesu Christo nuestro señor por la salud del emperador, según que san Clemente lo mostrava. Y el emperador luego hizo coronar a su hijo, Titus, emperador con grande fiesta muy honradamente. E aquí predicó sant Clemente, e fue escuchado con gran devoción del emperador e de toda la su corte, e quando ovo acabado su sermón dixo al emperador:

— Señor, pues que Dios vos ha dado salud e tanta misericordia que vos ha sanado de tan fuerte enfermedad, que os plega que por el su amor que vos baptizedes e os convertáys a la fe católica, e ensalcedes la santa christiandad, y hazed baptizar a toda la otra gente, e todos los que se quieran baptizar no sean embargados por vos.

CAPÍTULO XIV. —*De las gracias que dio el Emperador a la muger Verónica por quanto fue causa de su salud*

Respondió el emperador e dixo:

—Grandes gracias doy yo a Dios e [a] aquesta sancta muger que tanto ha trabajado por mí.

E tomóla por la mano e dixo assí:

—Muger santa, vos tomad de mi mano todo quanto quissiéredes salvo Roma, por quanto es cabeça del imperio; mas de todas las villas e castillos, vos tomad lo que quisiéredes.

Respondió Verónica:

—Gracias a Dios e a vos desto que me queredes dar, mas, señor, salvante a vuestra honra, yo no quiero villas ni castillos, que no los he menester, mas ruégovos que me dedes el paño con el qual vos fuestes sano e guarecido, ca yo soy muger para servir aquel sancto paño a honra de mi señor Jesu Christo, e otro no quiero de vos sino que os batizéis con todo vuestro pueblo.

Y el emperador se lo otorgó. Y después dixo el emperador a sant Clemente:

—Vos, sancto hombre, tomad de mí lo que quisiéredes y de mi imperio.

E sant Clemente respondió al emperador:

—Señor, gracias y mercedes a vos fago, mas no quiero otra cosa de vos, sino que vos bautizedes con todo vuestro pueblo y ensalçad la fe de Jesu Christo.

Y el emperador le dixo que le plazía de corazón, e de allí eligió a san Clemente por apostólico de Roma e díxole assí:

—Vos, predicat e fazed predicar a todo el imperio la sancta fe católica, e bautizad a todos aquellos que pudiéredes convertir. Mas sabed que yo no me bautizaré fasta que haya vengado la muerte de Jesu Christo; e prométovos que luego que sea venido de Jerusalem, si a Dios plaze, e aya tomado vengança de los crueles judíos, que yo me bautizaré con todo mi pueblo. Ca, por cierto, no seré alegre fasta aver tomado vengança, e aya cumplido todo lo que prometí a nuestro señor; plégale que yo lo vea acabado.

CAPÍTULO XV. —*De cómo el emperador mandó fazer una yglesia en Roma e allí puso el sancto paño de la Verónica*

Después que el emperador ovo elegido apostólico e cabeça de la christiandat, fízole edificar una yglesia a honra e servicio de Dios, e aquí hizo poner el sancto paño do estava figurada la faz de Jesu Christo, por que las gentes oviessen mayor devoción, e después estableció las fuentes, en las cuales fue bautizada Verónica primeramente, mas no les mudaron su nombre. E sant Clemente predicava tanto, que muchas gentes se convertían a la fe católica, e bautizábanse con muy grand devoción; e Gays el senescal vino delante del emperador, e díxole:

—Señor, pues Dios vos ha fecho tanta merced que soys sano muy bien, contarvos he la respuesta que Pilatos vuestro adelantado fizo quando yo le di vuestra carta, e le dixi de vuestra parte que os embiasse el tributo. E quando esto oyó hizo muerta cara contra mí, e respondiome que no vos lo quería embiar, ca no vos lo devía ni vos conocía por señor. E sabed, señor, por cierto, que su voluntad era de me matar. E yo, por el gran gozo que avía de vuestra salud, no me quise contender con él. Porque, señor, sabed que yo lo amenazé muy mal de vuestra parte. E mientras, señor, que yo él avía estas palabras, sabed que Jacobo el sabio y huésped mío y leal vasallo vuestro, se levantó en pie, e dixo delante de Pilatos la profecía que dixo el santo profeta Jesu Christo el día de Ramos, quando entró en Hierusalem, que dixo: “En aquesta generación será tan grande careza e tan gran hambre, que la madre comerá a su hijo de hambre. E aquesta cibdad será cercada y destruyda; e verná tan gran destruymiento que no quedará piedra sobre piedra en ella. E toda esta pestilencia será en Hierusalem”. Quando Pilatos oyó estas palabras, fue muy sañado, e hizo mandamiento que de allí adelante no le hablasse ninguno de aquel hecho; si lo él sabía, que lo haría matar. Assí, señor, ved cómo vos es leal Pilatos vuestro adelantado.

E cuando el emperador oyó la respuesta que Pilatos havia dado a Gays su senescal por él, e oyó de cómo Jacob le contara la profecía delante Pilatos, el emperador fue tan ayrado, que luego hizo allegar las huestes todas del imperio e hizo mandamiento a todos los reyes, e duques, e condes, e marqueses, e príncipes, e a todos los cavalleros de su imperio, que viniessen en Roma luego, que

su voluntad era de pasar a Hierusalem. E mandó Gays su senescal que aparejase naos, e galeas, e de otros navíos, para passar todos en Hierusalem; e hizo juramento que poco estaría en Roma. E a cabo de quatro meses fueron ayuntadas las huestes en Roma muy bien aparejadas, por complir el mandamiento del emperador; e fueron aquí de muchos cavalleros, assí que fueron por cuenta cincuenta mil, e dende arriba. E las otras gentes de pie sin cuenta. E el senescal vino ante el emperador, e díxole:

—Señor, catad naos aparejadas. E sabed que son entre naos e galeras quinientas, sin otros navíos sotiles. E, señor, quando vos plugiere, recogeos, que pan e vino e otras viandas para las gentes, para su mantenimiento, complimiento ay de ellas.

E luego el emperador mandó a todos los cavalleros e la otra gente que se acogessen a las naos. Y quando todos fueron recogidos, el emperador e su hijo Titus recogieron a sus naos. E nuestro señor les dio tan buen tiempo, que en pocos días aportaron en la cibdad de Acre, e luego de hecho, el emperador, sin salir en tierra, dexó allí su adelantado, e de allí fueron a un castillo que dezían Jafa, el qual castillo era muy grande e fuerte, e tenían los judíos. Mas como la mayor parte de la gente era yda a celebrar la fiesta en Hierusalem, estaban en el castillo muy pocos, e quisiéronse dar, mas el emperador no los quiso tomar a merced. E quando la hueste fue puesta al derredor del castillo, nuestro señor Dios echó tanta de la nieve e viento, que no lo podían sofrir en las huestes ni en el castillo. E aqueste castillo era de un sabio judío e buen cavallero, e sabía mucho de guerra, e tenía el castillo bien bastecido de armas e de viandas, el qual avía nombre Jafel, y era primo hermano de Joseph Abarimatía. E como Jafel vido que el emperador lo tenía assí cercado tan fuertemente, vino con tres cavalleros al emperador, e díxole:

—Señor, tomadme a merced, e fazed del castillo a vuestra voluntad.

E el emperador le dixo que no tomaría a merced; mas a pocos días el emperador tomó el castillo por fuerça, e hizo matar todos los judíos salvo diez que se escondieron en una cueva, e era el uno Jafel, señor del castillo, e su sobrino con él. E allí estovieron tres días que no comieron ni bevieron, que no tenían de qué. E estos diez judíos ovieron de acuerdo los siete entre sí que pues de hambre avían de morir, más valía que ellos mesmos se matassen unos a otros con los puñales; y luego fue hecho. Y quando los judíos se hovieron muerto, Jafel dijo a su sobrino y a su primo:

—Señor, quando yo era señor deste castillo, a mí tenían por grande sabio hombre, que no es menester que nos acaezca por semejante que acaesció a estos, porque este es mi consejo: que salgamos de aquí, e vayamos a demandar merced al emperador; ca por ventura quando sepa que aquí somos, el emperador nos tomará a su merced.

E entretanto el emperador hizo derribar el castillo, e derribaron las causas; en tanto vino Jafel y los otros dos judíos, e fincaron las rodillas ante el emperador. E dixo Jafel:

—Señor, sabed que yo era señor deste castillo que vos avéys aquí hecho derribar. E según que yo pienso, vos soys venido por vengar la muerte del santo profeta que a gran tuerto tomó muerte e pasión en Hierusalen; la qual cosa, si assí es, yo só mucho pagado, ca era mucho mi amigo. E sepas, señor, que yo e un primo mío que avía nombre Joseph Abarimatía lo decendimos de la cruz quando Pilatos le ovo dado el cuerpo, e tomólo muy honradamente, e púsolo en un su monumento que él avía hecho para sí, de lo qual ovieron los judíos grande envidia, porque, señor, vos nos avéys menester para tomar Hierusalem, e vos consejaremos lealmente.

El emperador, desque oyó las buenas razones de Jafel, tomólo por la mano e dióle su gracia, e los judíos demandáronle de comer, ca avían estado cinco días que no avían comido. E quando ovieron comido, el emperador los hizo venir ante sí, e demandóles que si creyán en aquel santo profeta. E ellos dixeron que sí. El emperador les dixo:

—Agora quiero que de oy en adelante que seades mis consejeros.

E después que el emperador ovo hecho derribar el castillo, partióse de allí con su hijo Titus, e con toda la hueste, e vinieron a Hierusalem, por tomar vengança de la muerte de Jesu Christo, por que fuesse complida la profecía. Mas Pilatos ni los de Hierusalem no sabían nada de la vida del emperador ni de la su hueste, que les venía cerca, porque tanta avía de la nieve en derredor de Hierusalem, que ningún hombre podía salir ni entrar. E estava allí muy mucha gente de diversas partidas, que eran ayuntados por honrar la fiesta, que era muy grande. Entre todas las otras gentes, era allí el hijo del Rey Herodes, e era coronado por Rey en el reyno de su padre. E el emperador e su hijo assentaron su hueste fuertemente sobre la cibdad de Hierusalem, que ningún judío podía salir ni entrar.

E como Pilatos e el rey Archilaus se vieron cercados, armáronse con toda la cavallería para descender e mamparar la cibdad.

CAPÍTULO XVI. —*De la habla que el emperador ovo con Pilatos*

El emperador e Titus su hijo con la gran hueste se acercaron en derredor de Hierusalem, e assentaron tan fuertemente, que ningún hombre podía salir ni entrar. E quando Pilatos vido que la cibdad era assí cercada, fue muy triste e desmayado. El rey Archilaus paróle mientes, e díxole:

—¿Por qué vos desmayáis? No ayades miedo ni temor del emperador ni de su gente, ca nós somos aquí con grande e buena cavallería, que asaz les daremos que hazer. Armémonos con toda nuestra gente, e vámoslos acometer; e saquemos tantas armas para que ellos se arrepientan por que aquí vinieron, porque el emperador ni sus gentes podrán aquí quedar mucho, ca por mengua de agua les conviene que mueran de sed y se tornen a su tierra, ca nós avemos buena cibdad e fuerte, e bien guarnecida de armas e de otras cosas, por que ellos de balde se trabajaron.

E quando Pilatos oyó el consejo de Archilaus, fue muy alegre. E fizo hazer pregón por toda la cibdad que todos se armassen de pie e de cavallo, e luego fue hecho, e vinieron delante del palacio de Pilatos; y Pilatos y el rey Archilaus con toda la gente vinieron a las puertas de la cibdad de fuera, por razón que diessen en la hueste del emperador. Mas la hueste del emperador estava tan cerca de los adarves, que no podía ninguno salir; e desque vieron que no podían salir, ovieron de acuerdo que se desarmassen todos, e que subiesen piedras por el adarve e en las bastidas, ca eran muy grandes en derredor de Hierusalem. Y eran bien aquellos que sobían las piedras por el adarve doze mill hombres. E Pilatos e el Rey Archilaus, con diez cavalleros, se subieron en el adarve ambos a dos, sin armas, e vestidas sendas ropas bermejas; e Pilatos tenía un palo en la mano. E Gays, el senescal del emperador, dixo al emperador:

—Señor, aquel que está en la bastida es Pilatos vuestro adelantado.

Y el emperador se allegó a aquella parte del adarve donde estava Pilatos, e díxole estas palabras:

—El noble padre mío te encomendó esta cibdad por que la guardasses e la rigesses, e quiso que fuesses adelantado e gobernador por él de toda esta tierra; e después de la su muerte, embiásteme el tributo de tres años, el qual al noble padre mío solías embiar de toda la tierra; e agora hasme negado el señorío, e no me has embiado el tributo; e aún más, quando te embié el mi amado Gays senescal, e te dio mi carta, menospreciástela mucho mal con grandes amenazas, de las cuales no te perdono, por que te digo que me abras las puertas de mi cibdad, ca yo quiero hazer de ti la mi voluntad, e de todos los otros que dentro son.

E quando Pilatos oyó estas palabras del emperador, respondió e dixo que él ternía su acuerdo e consejo, e luego decendió del adarve e entróse en la cibdad, e fizo juntar su consejo, e dixo a sus cavalleros que le diessen consejo el mejor que pudiesen e supiesen, porque él pudiesse responder al emperador. E levantóse el Rey Archilaus e dixo a Pilatos:

—Señor, no temáys ni ayáis miedo de las amenazas del emperador, que vos os podéys bien defender d' él con la gente que está en la cibdad, porque será vergüenza y escarnio que sin golpes ni heridas nos diésemos al emperador por fazer sus voluntades; e mal haya quien otro consejo os diere.

Después levantóse Barrabás, el senescal de Pilatos, al qual creya mucho, e dixo:

—Señor, bien podéys vos conocer que el emperador no puede estar en derredor desta cibdad dos meses complidos, por mengua de agua, que no la hay si no van al flumen Jordán o al río del Diablo, que es bien a media jornada, allí donde se perdieron las ii cibdades que avían nombre Sodoma e Gomorra; y esles muy lexos el agua para tanta gente; porque vos do por consejo que os defendáys, e los desafiéys e no ayáis miedo d'él; mas haga cuanto pueda, ca bien sabéys vos que el rey Herodes, en aquel tiempo que hizo matar los inocentes, no osó aquí venir.

E por esta razón Pilatos e el Rey Archilaus, e todos los otros que allí eran ayuntados, loaron mucho el consejo de Barrabás. E luego se partieron Pilatos e el Rey Archilaus del consejo, e con otros cavalleros subieron en el adarve a la parte donde el emperador esperaba la respuesta. Pilatos respondió al emperador e dixo:

—Señor emperador, no vos entregaré yo la cibdad de la manera que la vos demandáis, ni en otra manera, mas si vos queréis, yo vos daré buen consejo: e es que vos queráis tornar en Roma, e no queráys aquí ser destruydo con tanta gente. E guardad bien vuestra tierra, que assí haré yo a ésta de vos e de todos mis enemigos, e de aquí adelante tenedvos por desafiado de mí e de todos los de la cibdad.

E quando el emperador oyó sus vanas palabras, tomóse a reír, e dixo a Pilatos:

—Bien me tengo por sañado de las palabras que has dicho, e aún más por quanto me mandas tornar a Roma; mas digo que me entregarás la cibdad assí como tu señor, e por aquel por quien tú la tienes assí, pero que tú ni los otros no seréys tornados en ninguna merced. Ca no vos precio en un dinero, e agora veré para quanto será Jerusalem.

CAPÍTULO XVII. —*De cómo contó el emperador a su hijo Titus las palabras que con Pilatos ovo, e del plazer que hovieron*

El emperador se partió de Pilatos, e tornóse a su tienda do estava su hijo, e contóle las palabras que avía avido con Pilatos, de la qual cosa Titus ovo gran plazer e gozo, e dixo:

—Bendito sea nuestro señor que el traydor de Pilatos no verná a nuestra merced, ca yo avía gran miedo que vos lo tomaríades a merced, mas yo creo que Dios lo ha hecho e ordenado por quanto él no la ovo de aquél que era salvador de todo el mundo. E de aquí en adelante no se puede hazer que él con vos pueda aver merced, por quanto él consintió en la muerte del santo profeta. Ca bien sabía él que a grande tuerto lo acusavan los judíos, ca ningún mal merecía, que bien lo podía él absolver de muerte, pues lugar de señorío tenía, de cómo sea en derecho que mejor cosa es absolver el culpado que el inocente condenar; porque vos ruego, señor, que de aquí adelante con él no aya ninguna merced; ante que sea librado a la muerte con los otros, e la cibdad sea derribada por la gran trayción que ellos hizieron al sancto profeta.

Estando en estas palabras Titus con su padre, vinieron los azimileros que pensavan las bestias, e dixeron al emperador:

— Señor, ¿qué haremos que no podemos fallar ni aver agua de aquí a media jornada, porque nos es muy grande afán, que partimos al alva de la hueste, y es ora de nona quando tornamos de dar a beber a las bestias, porque la hueste no lo podía sufrir, si más cerca no avemos agua?

E el emperador fue muy maravillado desto que oyó dezir, e fizo venir a Jafel, e díxole:

— ¿Qué consejo me darás, Jafel? La hueste ha mengua de agua.

E Jafel respondió, e dixo:

— Señor, nós havemos muchas bestias, assí como son búfanos, e bueyes, e azémilas, e cavallos; hazed matar las que son demasiadas, e los cueros dellos hazedlos adobar muy bien e coser e uno con el otro; e así encorarán todo aquel valle de Josafad; e después, señor, hazed que dos mil azémilas traygan agua; e assí bastaréis toda la hueste, e esto se haga cada día.

Y el emperador tóvolo por buen consejo, e luego mandó que se hiziesse; e luego fue hecho. E quando la hueste vido el valle lleno de agua ovieron gran gozo, e dixeron que buen consejo avía dado Jafel, e que bien parecía que era hombre entendido. E quando el valle fue lleno de agua, e estava assí como si fuesse un río de una gran fuente, de la qual cosa el emperador e todos los otros ovieron muy gran gozo. E quando Pilatos e el rey Archilaus que estavan dentro de Hierusalem vieron el valle de Josafad lleno de agua, ovieron muy gran pesar, e dixeron entre sí que aquel consejo era salido de la cabeça de Jafel, ca todo sabían que él era hombre muy sabio, e sabía mucho de guerra. Y Pilatos fue muy arrepentido por que no avía entregado la cibdad al emperador para hazer su voluntad, e dezía:

— Si el enperador me oviera asegurado de muerte, assí como Jafel, yo me pusiera en su merced.

E el Rey Archilaus, e Barrabás, que le avían dado el consejo, vinieron a conortar a Pilatos, que estava muy triste, e dixéronle:

— ¿Por qué os desmayáis? ¿No véys vos que el emperador no puede tomar esta cibdad por fuerza? E en otra manera no la tomará en estos siete años; e por esto no puede él mucho aquí estar, por que vos devéys mucho alegrar por la su venida, porque seremos todos honrados.

CAPÍTULO XVIII. — *De cómo ovo pesar Jacob de las palabras que dezían el Rey Archilaus e Barrabás e Pilatos*

Quando Jacob, padre de María Jacobe, oyó las palabras que el Rey Archilaus e Barrabás dixeron a Pilatos, tomó gran pesar, por quanto era de los sabios judíos que fuessen en la cibdad, e dixo a Pilatos:

— ¿Cómo podéys vos creer lo que estos cavalleros vos dizen? Por cierto, vos no podéys tener contra el emperador nuestro señor, mas yo vos daré consejo si lo quisierdes tomar.

Y Pilatos quiso saber qué consejo le daría, pero ya era con muy gran saña contra Jacob por las palabras que avía dicho. E Jacob dixo:

— Señor, embiad vuestro mensajero al emperador que vos le queréys entregar la cibdad por hazer su voluntad, e yo creo que él vos perdonará su mal talante de vos.

Mas Pilatos era tan señudo contra Jacob, e díxole con gran saña:

— Jacob, condenado eres a muerte por quanto as renegado la nuestra ley, y no te creeré ni tomaré tu consejo, ca luego que el emperador toviesse esta cibdad, luego creerías en su ley; aún se deve hombre menos creer por esta razón, por quanto sin mi mandamiento acogiste al senescal del

emperador en tu casa, e lo embiaste a la muger del diablo, que con hechizerías e encantamientos ha guarecido al emperador. E por tanto yo tomaré vengança de ti.

E luego lo hizo prender e poner en la cárcel con una cadena muy grande, la qual prisión estava en el fondo del palacio mayor de Pilatos. E quando Jacob fue en prisión, començó a rogar a Dios que fuesse a su merced que no muriesse en aquel lugar, e siempre él hazía su oración muy devotamente. E María Jacobe su hija, quando supo que su padre era preso tan fuertemente, dixo assí:

—¡O verdadero Dios Jesu Christo, para mientes a aquel mi padre e tu amigo que por ti está en prisión! ¡Señor, líbralo que no le puedan hazer mal los tus enemigos, assí como libraste a Joseph de la prisión de Pilatos, quando los malos de los judíos lo quisieron matar por el servicio que te avía hecho; ca tu de las sus manos lo libraste! ¡Señor, por la tu merced libra a mi padre!

E mientra que Jacob estava en oración dentro de la prisión, vino un ángel, y llamólo por su nombre. E Jacobo paró mientes por la prisión quien lo llamava, e vido gran resplandor del ángel, e ovo gran miedo, mas el ángel lo confortó, e díxole:

—No ayas miedo, amigo de Dios, e sepas que por las oraciones de tu hija me embió nuestro señor a ti que te libre desta prisión; y levántate e sal de prisión sin miedo.

E Jacob respondió al ángel, e díxole:

—Sepas que no puedo; ca las prisiones no me dexan.

E aquel ángel tomólo por la mano, e delante todos lo sacó de la prisión, e llevólo a la tienda del emperador, que el que la guardava ni otro ninguno no lo vido, y quando el ángel ovo metido a Jacob dentro en la tienda del emperador, desapareció. E Gays el senescal paró mientes e conociólo, e tomólo por la mano e ovo con él el mayor gozo que por ningún tienpo hoviesse; e començó a abraçarlo e besarlo, e tomólo por la mano, e llevólo ante el emperador, e dixo:

—Señor, este es el mi huésped Jacob, el leal vassallo vuestro, el qual, señor, por amor de os sanar, me mostró la muger Verónica.

E el emperador ovo muy gran gozo e plazer con él; e prometióle grandes dones e hizolo de su secreto, con Jafel e con los otros de su consejo. E después demandóle cómo havia salido de la cibdad, que él havia oýdo dezir que Pilatos lo avía puesto en prisión, e Jacob contóle cómo nuestro señor Dios no olvida los sus amigos, e de cómo embió un ángel, el qual, delante de todos aquellos que lo guardavan, lo sacó de la prisión, e lo puso en la tienda del emperador, e cómo después lo desapareció.

CAPÍTULO XIX. —De cómo el emperador mandó hazer grandes valles en derredor de la cibdad

El emperador quiso aver consejo con aquellos que eran de su secreto en cómo pudiesse tomar la cibdad, e quiso que primero hablasse Jacob, al qual Dios había hecho mucho bien aquel día; e contóle delante todos lo que le acaesciera; e el emperador ovo muy gran plazer, e dixo:

—Contadnos de Pilatos e de todos los otros que dentro están, e que hablan de nos.

—Señor —dixo Jacob—, en la cibdad ay pocas viandas e ay mucha gente, ca en toda esta tierra no ha quedado judío que algo valga que no sea aquí venido por honrar la fiesta muy maravillosamente, e por el vuestro asentamiento no ha podido ninguno salir; por la qual cosa, son muy desmayados los unos y los otros, y no se pueden mucho tener; mas, señor, vos mandad hazer en derredor del adarve grandes valles fuertes e bien anchos, porque ningún judío pueda salir ni se allegar a las huestes sin vuestras voluntades; e quando las viandas les fallecieren, ellos se nos darán, ca, señor, por fuerça no la podéys tomar, porque es menester que los valles se hagan luego.

E el emperador tovo por bueno el consejo de Jacob. E quando vino el otro día de mañana, el emperador fizo llamar a todos los maestros que supiesen hazer valles, que viniesen delante del emperador; e luego fueron juntados cinco mil por cuenta, a los quales mandó el emperador que hiziessen grandes valles en derredor de la cibdad; e Jacob e Jafel fueron obreros e administradores de aquesta obra por mandamiento del emperador; e luego de fecho, començaron Jacob e Jafel a señalar el lugar donde se avían de hazer los valles. E començaron a labrar; e dixeron que fuesen de treynta codos en ancho y quince en fondo; e los hombres con gran voluntad que avían, començaron su obra, empero llevaron consigo treynta mil hombres archeros, e aquestos que fuesen escudados o bien armados para guardar a los obreros. E en esta manera labraron fasta que los valles fueron acabados.

E quando Pilatos supo que tan grandes valles e tan ayña avía hecho el emperador, e tan estrechamente los tenía apremiados, allegó su consejo, e entre los otros quiso el del rey Archilaus, e de Joseph Jafaría, e dixéronle:

—Señor, otro consejo no sabemos sino que hagáys armar todos vuestros caballeros e toda vuestra gente, quantos armas puedan tomar a pie e a cavallo, e vamos a dar en la hueste; e si los podemos arrancar, ellos avrán gran gozo que se puedan tornar a su tierra, e de aquí adelante no tornarán a nos cercar, e quedarnos han las sus riquezas e viandas.

E este consejo tovieron por bueno, e fizo mandamiento Pilatos que todos a pie e a cavallo se armassen con sus armas, e viniessen delante del templo de Salomón; e fueron, por cuenta, veynte mil caballeros, e de otras gentes de pie quarenta mil. E Pilatos començó de conortarlos lo mejor que pudo, e díxoles que sabiamente saliiessen a la batalla, e que toviessen firme, e que saliiessen todos en uno. E Pilatos e el rey Archilaus caudillaron la caballería, e todos en uno començaron a salir de la cibdad. Mas por los valles, que eran grandes, no podieron pasar assí como ellos se pensaban; e como las guardas del emperador vieron que tanta gente salía de la cibdad armados para la batalla, metiéronse por entre la gente fasta que llegaron al emperador, e dixéronle cómo salía de la cibdad mucha gente para la batalla e para pelear contra ellos. Y luego cabalgaron ambos los emperadores, e quando fueron armados, e allegada la gente, hízolos venir a todos ante sí, e díxoles estas palabras:

—Amigos, sabed que Pilatos con toda la gente de la cibdad es salido para pelear con nosotros. Porque es menester sabiamente, salgamos a él al campo; ca, si a Dios plaze, él nos dará la vitoria contra ellos, ca todos somos venidos por vengar la su muerte.

E todos respondieron:

—Señor, todos somos aparejados de hazer quanto podamos e avemos acostumbrado de fazer.

E esto era a ora de tercia, y el emperador mandó a Gays el senescal que él e Jacob, e Jafel, e su sobrino, ordenassen las batallas lo mejor e más sabiamente que pudiessen. Y ellos hiziéronlo assí, e ordenaron tres batallas, e dieron la una al emperador, e la otra a Titus, e la otra a Gays el senescal. E fue con el emperador Jacob; e con Titus, Jafel; e con el senescal, el sobrino de Jafel. Mas Titus, con la grande voluntad que avía, quiso la primera batalla, e fuele otorgada por el emperador. E luego ayudó Dios a todos aquellos que eran con él, e dieron tan fuertemente en la hueste de Pilatos, que desbarataron dos vezes la batalla de Pilatos. E duró la pelea desde ora de tercia hasta ora de nona. E quando fueron cansados ambas las partes, tiráronse afuera, e comieron e refrescaron. E en esta batalla murieron de la parte de Pilatos hasta quatro mil personas; e de la parte de Titus, entre caballeros e peones, ochocientos por cuenta.

E quando ovieron refrescado los de la parte de Pilatos, salió el emperador con su gente, e aguijó tan fuertemente, e tan feroces eran las batallas, que se vinieron a mezclar la una con la otra. E

duró la pelea hasta el sol puesto, e porque era noche ovieron de salir del campo; e murieron en esta batalla, de la parte de Pilatos quatro mil e dozientas personas. Mas nuestro Señor, que quiso que la muerte suya fuese vengada, fizo aquí un grande milagro: que como todos se pensaban que por la noche que venía tornarían atrás, el sol puesto, comenzó a salir luego en Oriente bien assí como si la noche fuese pasada; fue día claro. Y por eso ovieron de aparejarse para la batalla los unos e los otros. Mas quando el emperador e las sus gentes vieron este milagro, fueron mucho alegres. E conocieron que esto era fecho por voluntad de Dios. E el senescal firió muy rezio en la batalla de Pilatos, que duró la pelea desde hora de prima hasta hora de nona pasada. E murieron, de la gente de la parte de Pilatos, fasta dos mil e dozientos e cincuenta personas; e muchos fueron sañudas las huestes la una contra la otra. Mas a la ora de las vísperas tornaron en el campo todos en uno. E duró la pelea hasta el sol puesto, e murieron, de la parte de Pilatos, hasta quatro mil e dozientas e cincuenta personas, e de la parte del emperador hasta quatrocientas e cincuenta personas. Assí que perdió Pilatos por todos onze mil e nuevecientas quarenta personas, e dende arriba; e de la parte del emperador hasta tres mil e cincuenta personas, e dende arriba.

E venció el emperador el campo, e fueron al alcance a los de Pilatos hasta las puertas de la cibdad, en qual alcance mataron un hombre que luengo tiempo avía andado assí como loco por la cibdad de Jerusalem diciendo:

—Ven, Vespasiano, sobre Jesuralem.

Por lo qual el pueblo avía muy grande desplacer, que muchos creían que fuese profeta.

E fue ferido Joseph Jafaría, mas no murió de aquellos golpes. Mas murieron de otros hombres señalados sin cuento en la entrada de la cibdad. E tantos fueron los lloros e llantos que avía por la cibdad, que Pilatos e el rey Archilaus eran muy tristes e dolientes de la gente que avían perdido. E quando vino en la mañana que avía de salir, Pilatos e el rey Archilaus eran muy tristes, e no ovieron voluntad de salir. Mas mandó que no saliesse ninguno, mas que guardasen la cibdad. Mas las compañías del emperador, e todas las otras gentes, cuydaban que Pilatos saliesse al campo para pelear, e él no salió. E viniéronse a la tienda del emperador, e todos en uno llegáronse a los adarves de la cibdad. Aquí estuvieron esperando que saliesse a la batalla Pilatos e su gente, desde el alva hasta la ora de tercia. E desde que vieron las compañías del emperador que no salía ninguno de la cibdad, tornáronse para las tiendas e desarmáronse, e folgaron todo el día fasta la mañana. E el emperador mandó venir ante sí a Jacob e a Jafel, e díxoles que no cessassen la obra de los valles fasta que fuesen acabados por tal que ninguno no pudiesse salir. E quando Pilatos vido que de Hierusalem no podía salir ninguno, él fue mucho desconortado, e todos los otros de la cibdad, e dezían todos a una boz que aquel que todo el día dezía: “Ven, Vespasiano, en Jerusalén”, es muerto.

—Porque nós cremos que fuese profeta contra nós; mal consejo tomaste, Pilatos. ¿Cómo no entregaste la cibdad al emperador? Agora es cumplida la profecía que aquel que teníamos por loco lo dezía todos los días.

Y quando Pilatos oyó los gritos de las gentes, fue muy triste, e fizo venir ante sí a Joseph Jafaría, e al rey Archilaus, e díxoles que le diesen consejo sobre aquello que las gentes dezían; e Joseph Jafaría díxole:

—Señor, otro consejo aquí no hay sino que estén los hombres por el adarve, e que hagan grandes balsas cerca del adarve, y pongan allí todos los muertos, porque espanto sería en las gentes si todos días toviessen los muertos delante, e aún más por el fedor que dellos salía, que sería muy grande enfermedad; y hagamos aquí muy sabiamente y haced guardar e repartir las viandas, que asaz son pocas para la gente que aquí está, especialmente que ay de los de fuera parte más de veynte mil hombres, de los cuales echar ni embiar no podemos por lugar que sea.

E el rey Archilaus ovo el consejo de Joseph por bueno, e dixo que ál no podía hombre decir. E Pilatos encomendó este hecho a Joseph Jafaría, porque era hombre ciento e sabio. E díxole a Joseph: —Hazed assí como tenéys por bien.

Y luego Joseph hizo hazer las balsas fuera de la cibdad, entre el adarve e los reales del emperador. E allí fizo poner los muertos todos; e fueron por cuenta quarenta mil personas, e después púsose por la cibdad a partir las viandas, e tomava de los que tenían o dava a los que no tenían. Mas por las gentes, que eran muchas, fueron gastadas en pocos días, fasta que vinieron en esto: que ni quedaron bestias ni yervas, ni otras cosas que comiesen, e de aquellas cosas comían de fambre. Grande fue la fambre e la careza que era en la cibdad, por razón de las muchas gentes que estaban allí que eran venidas a honrar la fiesta, e no avían traído viandas, y quando no se cataron viéronse fuertemente cercados del emperador e de su hijo Titus, ca no podieron salir.

E quando Pilatos vido que las gentes menudas se morían de fambre, e muchos que yvan diciendo por la cibdad: «¡Fambre, fambre!», tóvose por mal andante, e ovo gran dolor de las gentes que se morían de fambre, e fizo fazer pregón por la cibdad que todo hombre buscasse de comer por las casas de los ricos, que partiesen con ellos las viandas que tuviesen. E quando el pueblo oyó el pregón, ovo muy gran gozo e gran consolación. Y luego se van por la cibdad y por las casas de los ricos hombres buscando que comiesen, e veriades entre ellos muchas puñadas e palos, e de otras armas, tantas que muchos morían; e aquel que mayor golpe podía dar, no quedaba por él, e aquel avía mayor parte de la vianda. E andavan todos los días escuchando por las cassas de los ricos hombres, e allí donde veían humear, luego eran allá. E por grado o por fuerça tomavan todo quanto hallavan, que de comer fuesse. E assí en pocos tiempos fueron gastadas todas las viandas, tan solamente que no quedó nada que fuesse de comer; y quando todo les falleció, corrieron a las puertas de la cibdad, que eran cubiertas de cuero de búfano e de bueyes, y las gentes tomavan a pedaços de aquellos cueros, e cozíanlos para comer, e aquel que mayor pedaço podía tomar, aquel se tenía por grande, e aquellos cueros comían. E vinieron a esto: que un pan que solía valer un dinero, valía quarenta pesantes de plata; e una poma o mançana valía siete pesantes; e un huevo valía cinco pesantes. Mas ya no fallavan algo que de comer fuesse por dineros, por no aver primero guardado las viandas, pensando que el emperador luego se tornaría. E vieron esto, que grandes e menores se morían de hambre, tanto que los bivos no podía sufrir los muertos, tantos morían cada día.

CAPÍTULO XX. —*De cómo dixo el ángel a la reyna y a Clarisa su compañera cómo comiessen sus hijos, que de cumplir se había la profecía*

Dentro en la cibdad de Hierusalem estava una dueña que fue mujer de un rey de África, el qual murió en el tiempo que Jesu Christo fue puesto en la cruz. Ya sea puesto que ella quedasse joven e no quiso tomar marido, antes se hizo christiana, y porque mejor pudiesse servir a Jesu Christo dexó todo su reyno, e vínose en Hierusalem, e traxo consigo una hija, e una buena dueña de gran linaje que la acompañasse, la qual era muy discreta, e sabia, e avía por nombre Clarisa. E esta Clarisa tenía un hijo, e baptizáronle en Iherusalem; e a menudo yvan a honrar a Jesu Christo, porque tenían grande fe en él, e la reyna avía traído muchas viandas en Jerusalem, para ella e su compañera Clarisa. Pilatos e todos los otros judíos hazíanle todavía gran honra, hasta que fue la careza en la cibdad, ca entonce no honravan a ninguno, e robánvale todas las viandas que tenía, según que robaron a los otros cabe su casa. E ella avía una huerta pequeña en que se deleytava, e avía en ella muchas buenas yervas, las quales ovieron de tornar a comer dellas ella e su compañera Clarisa. E quando no tovieron qué comer, la hija de la reyna murió de hambre, sin que ovo otra enfermedad.

E el hijo de la buena dueña por semejante murió de hambre. E desto fizieron las dueñas gran duelo por la muerte de sus hijos; empero ellas avían muy grande hambre, que aún no se podían sostener en los pies. E la buena dueña Clarisa dixo a la reyna:

—Dexemos estar el duelo, pues que a Dios plaze que assí sea, mas pensemos de nos, que morimos de hambre, que no tenemos qué comer sino nuestros hijos. E por esto tomemos mi hijo e cortemos un pedaço del quarto e assémoslo, e comámoslo, e bivamos.

Quando la reyna oyó las palabras de Clarisa, de grande espanto cayó en tierra amortecida. Mas nuestro señor Jesu Christo, que no olvida los suyos, embióle un ángel, el qual le dixo:

—Levántate y esfuerça.

Y quando la reyna fue levantada, el ángel les dixo:

—Dios me ha embiado a vosotras, e vos embía a decir por mí que comáis de vuestros hijos, e será complida la profecía que él dixo por su boca el día de Ramos, quando entró en esta cibdad caballero en una asna, e los judíos le fizieron gran honra, e le siguieron hasta el templo, e dexáronlo assí que ninguno lo combidó a comer. E luego lloró sobre aquesta cibdad, e dixo: «En esta generación de Hierusalén verná una grande pestilencia, e tan grande hambre, que la madre comerá por hambre a su hijo. E la cibdad será destruyda, que no quedará piedra sobre piedra». E assí es cumplido el duelo del pueblo; e assí comed de vuestros hijos, que ál no se puede hazer.

En tanto el ángel desapareció, e las buenas dueñas quedaron consoladas.

CAPÍTULO XXI. —De cómo fueron consoladas las dueñas con las palabras del ángel

Mucho quedaron consoladas las buenas dueñas de las palabras del ángel, mas por la flaqueza de la naturaleza lloraban, e avían gran duelo de sus hijos, e Clarisa rogó a la reyna que le ayudasse a cortar un quarto de su hijo. E la reyna ayudóle assí como pudo. E quando le ovieron cortado, pusieronlo [a] assar, e mientras que se assava, Pilatos passava por las casas de la reyna, e sintió aquel olor muy bueno que salía de la carne assada, e tomóle gran desseo, no sabiendo que carne de hombre fuesse. E dixo que nunca avía sentido tan buen olor de carne assada. E mandó a tres escuderos suyos que fuessen a buscar a dónde assavan aquella carne, que tan gran desseo avía della. E el rey Archilaus e muchos otros que estavan con Pilatos, fueron muy conortados de aquel tan buen olor, e andando buscando por la cibdad, vinieron a la casa de la reyna de África, e entraron dentro, e dixerón a la reyna e a Clarisa:

—Pilatos nos embía a vos que le embiéys dessa carne assada que aparejades para vosotras, porque dize que no sintió jamás tan buen olor de carne assada como esta que aquí assades. E es menester que le mandéis luego dar della.

E Clarisa les respondió que se la embiaría de buen grado, e dixo a los escuderos:

—Venid conmigo.

E quando fueron con ella en el palacio, Clarisa tomó su hijo por el pie, e dixo:

—Emprestadme un cuchillo con que corte, y embiarle he un quarto desta carne. E él hágala guisar como quisiere e a su voluntad.

Y quando los escuderos vieron que de su hijo quería cortar un quarto, e que ya fallecía otro quarto el qual ellas tenían [a] assar, ellos lo ovieron a gran cosa. E de manzilla que ovieron, bolvieron el rostro. E saliéronse de la casa e fueron delante Pilatos. E él les dixo que cómo venían assí espantados e no traían aquello por que los embió; e ellos contáronle todo lo que havían visto en la casa de la reyna de África. Y quando Pilatos lo oyó, entróse en el palacio, e echóse en la cama, e dixo de su boca:

—Aquí no podemos más hazer.

E la reyna y Clarisa comieron su hijo todo; e después comieron la hija de la reyna, mas como la havía de cortar con el cuchillo, cayó amortecida, e Clarisa la conortó lo más que ella pudo.

E quando Pilatos hovo estado dos días en su cama, salió fuera, mas a mal de su grado, ca las gentes dezían todos a una boz:

—¿Dó es Pilatos? ¿Qué consejo nos dará, e si no daremos la cibdad al emperador?

E Pilatos ayuntó su consejo con el rey Archilaus e con los otros buenos que allí era; e Pilatos díxoles:

—Señores, otro consejo no avemos contra el emperador sino que le entreguemos la cibdad, e si me quisiere tomar a merced; si no, haga de mí su voluntad, ca más vale que yo muera, que no que este pueblo muriese de hambre, que nós estamos mucho estrechos de viandas; e contarvos he una gran maravilla que en esta cibdad ha acahescido. Sabed que la hija del rey de África murió de hambre, e el hijo de una dueña su compañera, la qual avía por nombre Clarisa, que han comido sus fijos, porque no tenían ál que comer; por que vos do consejo que nos demos al emperador, e si yo muero, por venturas vosotros seréys tomados a merced.

E quando todos oyeron este consejo, fueron muy tristes, e llorando decían a altas bozes:

—¡Ay, Dios! ¿Qué haremos de nuestro buen señor e gobernador?

Grande fue el duelo e el lloro que andava por la cibdad, que nunca por ningún tiempo tan gran desconorte fue en las gentes: lo uno por el hambre e lo otro por su señor. E luego Pilatos se armó, con el rey Archilaus, e con todos los otros caballeros, e salieron fuera de la cibdad, e llegaron hasta los valles. E Pilatos preguntó por el emperador, y el emperador con Titus su hijo, e con el Jacob e Jafel, e con otros nobles caballeros sin cuenta, allegaron al derredor de donde Pilatos estava; e Pilatos dixo al emperador:

—Señor, sea la vuestra merced que ayades misericordia de mí e de todo este pueblo. Tomad la vuestra cibdad e todo lo que es dentro, e dexadnos yr en tierras estrañas, e ruégovos, señor, que no paréys mientes a la mi mengua ni al mi mal consejo, que yo ovo quando el vuestro honrado mensajero vino por la Verónica, y no vos embié el tributo que a vos e al honrado padre vuestro, César Augusto, solía hazer; y por mi sobervia me alçé contra vos con la cibdad; y assí, señor, aved de mi merced, o fazed de mí lo que quisierdes.

E este rey Archilaus dixo al emperador:

—Yo soy fijo del rey Herodes, señor de Galilea, e después de la su muerte quedó a mí el reyno, por que os ruego que no queráis que aquí me pierda. Ca nunca yo ni mi padre venimos contra vos fasta agora, que yo vine en esta cibdad por honrar la fiesta; assí, señor, fazed de mí lo que fuere la vuestra merced; empero, ruégovos, señor, que me ayades a merced.

E quando el emperador ovo entendido las palabras de ambos a dos, respondió primero a Pilatos, e díxole:

—Si Pilatos me quisiere entregar la cibdad, con todos aquellos que dentro son, para hazer a nuestra voluntad, yo la tomaré, e no en otra manera.

Y después dixo al rey Archilaus:

—Bien ves tú que no es razón que nós te tomemos a merced. Esto por quanto tu padre a gran tuerto fizo matar los inocentes, porque acertasse en el sancto profeta Jesu Christo, por miedo que quando sería grande, que le quitaría la tierra, ca sus sabios le dixeron que el rey de los judíos era nacido, de lo qual ovo muy gran pesar; ca no nos queríamos que otro rey oviesse sino él. E por esto que tu padre fue malo, e no ovo merced de los infantes e inocentes que fueron por cuenta

.e.xljjj. mil, los quales murieron por aquel sancto profeta Jesu Christo, e tú pagarás la su muerte e la su iniquidad.

CAPÍTULO XXII. —*Cómo desesperó el rey Archilaus*

Quando el rey Archilaus vido que el emperador no le quería tomar a merced, e vido que el emperador avía de entrar en la cibdad donde morían de hambre, ayróse consigo mesmo, y delante de todos descendió del cavallo, e desarmóse, e sacó el espada, e como la sacó, dixo assí:

—A Dios no plega que yo bivo me ponga en vuestras manos, ni haga cosa que a mí sea a desonra, ni paganos se venguen de mí.

E metióse la punta del espada por medio del coraçón, e dexóse caer encima della, e passóle en manera que salió por las espaldas, e luego cayó muerto en tierra. E quando Pilatos vido al rey Archilaus que era muerto, fue muy ayrado, e entróse en la cibdad sin que tomó licencia del emperador. Aquí se hizo gran duelo por la muerte del rey Archilaus, e otro día de mañana, Pilatos fizo llegar a todos los cavalleros de la cibdad. E hizo que veniesse Joseph Jafaría, e Barrabás su senescal, por tomar sus consejos, e dixo:

—Señores, bien veys que nos no podemos tener contra el emperador, ca Dios nos ha olvidado, e no tenemos viandas en aquesta cibdad, porque tal tribulación nunca fue en cibdad tal como ésta.

E respondió Joseph, e dixo:

—Señor, en esto otro consejo hombre no os puede dar, pues el emperador no os tomó a merced; ca, señor, mal consejo vos dio aquel que os dixo que contra el emperador viniessedes; ca bien podríades vos ver que contra el emperador vos no érades igual, mas demandadlo a quien mal consejo vos dio.

E dixo Pilatos:

—Esso no lo faré yo, mas fagamos assí: aquí en la cibdad hay mucho tesoro y grande de oro e plata e piedras preciosas. E el emperador e las sus gentes piensan de lo aver todo, mas no avrán ninguna cosa.

E luego mandó que el oro y plata fuesse limado, e las piedras preciosas sean molidas, e de aquello sea fecho polvo.

—E sea assí partido, que tanto sea dado al rico como al pobre, e cada uno coma dello su parte. Y el emperador ni todos los otros enemigos no lo avrán.

E luego fue hecho; e quando fue todo comido, vinieron delante de Pilatos e dixeron:

—Señor, fecho avemos tu mandamiento; e mandad lo que fagamos.

Y quando Pilatos esto oyó, començó muy fuertemente de llorar, e dixo delante todos:

—Señores, vosotros me establecistes que yo fuesse vuestro gobernador; bien sabéys todos que primero yo era adelantado del honrado César Augusto, emperador de Roma, al qual fazía cierto tributo, y tenía aquel por señor e vosotros todos. E agora, por mal consejo, alcéme contra Vespasiano su hijo, donde por este peccado, e por la trayción que fue hecha e consentida en la muerte de aquel santo profeta, que bien vos devedés membrar que tales señales fizo el día que murió, e antes que él muriesse dixo por su boca el día de Ramos todos quantos males agora son, e no son complidos, mas creo que aýna se complirán, que ya parece cada día; pues yo creo que no puedo escapar de muerte, vosotros por aventura podríades escapar. Ruégovos por Dios que me querades perdonar si por ventura a alguno de vosotros fize algún enojo.

E los cavalleros e el pueblo, quando oyeron estas palabras, fueron mucho turbados, en guisa que no pudo ninguno hablar ni responder, tan fuertemente lloravan, ca sabían que todos serían destruidos, e Pilatos dixo:

—Varones, otro consejo no veo ni vos puedo dar, sino que nos demos al emperador y estemos a su merced; ca por ventura algunos escaparán, ca más vale que no muramos todos de hambre.

E todos tovieron por bueno el consejo de Pilatos, e dixeron que más les valía estar a merced del emperador que no morir de fambre. E otro día, Pilatos e todos los otros de mañana salieron fuera de la cibdad, e vinieron al valle que era en derredor del adarve, e Titus andava cavalgando por ende con muchos cavalleros. E Pilatos fízoles sus señales con las luas de sus manos. Y quando Titus lo vido, vino con sus cavalleros delante, donde Pilatos lo vido, e Pilatos començó a decir a Titus:

—Señor, sea la vuestra merced que roguéys al emperador, vuestro padre e mi señor, que aya merced de mí e de todo este pueblo. E no paréys mientes a las nuestras iniquidades.

Y esto le decía llorando fuertemente.

E Titus embió dos cavalleros al emperador que le dixessen las palabras que Pilatos havia con él. E quando el emperador oyó esto, fizo armar dozientos cavalleros. E cavalgó, e vino donde estava Titus su hijo, e començó Titus a dezir al emperador:

—Señor, sabed que Pilatos vos quiere entregar la cibdad con condición que lo toméys a merced.

E el emperador le respondió:

—Hijo, no es agora tiempo de demandar merced, ca lo faze porque no puede más fazer.

E el emperador paró mientes hazia Pilatos, e díxole:

—Si tú me entregas la cibdad con todos los judíos que dentro son, para hazer nuestras voluntades, yo la tomaré. E dígotte que tan poco avré yo merced de ti ni de los otros, como ovistéis del santo profeta Jesu Christo, al qual vosotros acusastes malamente a muerte. Y los malos judíos lo enclavaron en la cruz; por que os digo que ya merced no hallaréys en mí.

E quando Pilatos esto oyó, fue muy triste él y todos los otros, e dixo al emperador:

—Señor, tomad la cibdad e todo quanto en ella es; sea la vuestra merced hecha a vuestra voluntad.

Quando el emperador vido que de todo en todo Pilatos se ponía en su poder, fizo cercar los valles en derredor, por que ningún judío pudiesse salir; e fizo entrar fasta quatro mil cavalleros en la cibdad, e fízoles mandamiento que cerrassen todas las puertas que ningún judío dexassen salir ni otras cosas; con tanto Pilatos se entró, e todos los otros judíos en la cibdad; e Titus entró en la cibdad con gran cavallería; e entraron Jacob e Jafel por seguir la cavallería, que era muy grande; e Titus tomó a Pilatos por la barva, e encomendólo a diez cavalleros que lo guardasen muy bien; e Jacob tomó a Joseph Jafaría, e Jafel, porque era buen cavallero, fue a tomar a Barrabás, senescal de Pilatos. E quando todo esto fue hecho, el emperador entró en Hierusalem, y mandó que todos los judíos fuessen presos, bien atados, y que luego se los traxessen delante. E luego fue hecho; y él dixo a sus gentes:

—Pues que la cibdad es en nuestro poder, no queremos hazer almoneda de los judíos que son aquí, como ellos vendieron al sancto profeta Jesu Christo, el qual nos guaresció de nuestra enfermedad; assí como lo vendieron por treynta dineros, nós queremos vender treynta judíos por un dinero.

Y en tanto vino un cavallero, e dixo al emperador:

—Señor, yo tomaré un dinero, si a vos plaze.

E el emperador mandó que le diesen entre hombres, e mugeres, e criaturas, treynta por un dinero. Mas fue ventura de aquel cavallero que todos los judíos eran grandes e valientes. E quando

los hovo recibido, llevólos a su tienda. E quando los vido ay, dio con su espada un golpe por el vientre a un judío, e matólo, e luego cayó en tierra muerto; e al sacar del espada, salía del vientre del judío oro e plata; e el cavallero fue muy maravillado de lo que vido, e tomó aparte uno de los otros judíos que le parecía más viejo, e díxole:

—Dime tú agora qué puede ser esto, que yo nunca vide cuerpo de hombre muerto, judío ni otra persona, que saliesse oro ni plata sino deste.

E el judío dixo:

—Señor, si tú me asseguras de mi muerte, yo te lo diré.

E el cavallero asseguró al judío de muerte, e el judío contóle cómo les avía mandado Pilatos comer todo el tesoro que estava en la cibdad, e las piedras preciosas, por que el emperador ni su gente no lo oviessen ni se serviessen dello.

—E esta es la razón por que tú has allado en el cuerpo deste judío muerto oro y plata; e sepas que tanto dava a comer al pobre como al rico.

E quando el cavallero supo esto, mandó a dos escuderos que matassen los .xxviii. judíos, e que no tocassen en aquel judío que él avía asegurado, mas que lo guardasen bien; e quando los .xxviii. judíos fueron muertos, fízolos abrir por el vientre, e sacaron tanto oro e plata, que fue maravilla. E luego fue sabido por toda la hueste del emperador que los judíos estavan llenos sus cuerpos de oro e plata, porque todo el tesoro de la cibdad se havían comido. E viérades venir cavalleros e de otras personas muchas corriendo a la cibdad para mercar de los judíos, e cada uno dezía: «Señor, véndenos siquiera por un dinero uno»; e luego que avían mercado, matávanlos, por sacar el tesoro que tenían, e en poca de ora se ayuntó tanta gente, que era sin cuenta; e avía mayor priessa en ello, que parecía taberna de buen vino, y que lo davan de balde; e cada uno, assí como los mercavan, assí los matavan, por sacar dellos el tesoro. Mas ovieron mal consejo de Pilatos como les fizo comer el tesoro, ca muchos fueran escapados a vida, e por aquesta razón murieron.

E quando el emperador vido la gran priessa de los mercaderes, fizo mandamiento que de allí adelante no vendiessen más fasta que supiessen cuánto dellos avía por vender. E su senescal los fizo contar. E quando fueron contados, dixerón al emperador:

—Señor, sabed que entre hombres, e mugeres, e criaturas, son los que quedan por vender .clxxx., que valen seys dineros; tantos os sobran, e no más.

—Pues —dixo el emperador— no vendamos más, queden a vida, por que la pasión del hijo de Dios sea remembrada mejor, e por que todos tiempos las gentes que vernán los llamen traydores, porque mataron al sancto profeta Jesu Christo; assí como ellos dieron al señor mayor por .xxx. dineros, bien assí he dado .xxx. judíos por un dinero. E estos judíos que son quedados, sean para mí, e guardadlos bien.

E complida fue la ocasión del pueblo en aquellos que fueron vendidos .xxx. judíos por un dinero. E fueron vendidos por cuenta .xl. mil personas, sin los que yazían muertos e desquartizados por la cibdad, que no podían andar sino sobre muertos. Mas quando todo esto fue hecho, el emperador mandó que todos los muertos fuessen puestos en fondo de tierra, porque mientras que estuviessen en la cibdad no oviessen fodor. E luego fue fecho, ca las gentes lo avían a voluntad, e cada uno hazía quanto podía. E luego el emperador mandó derribar la cibdad, e los adarves, assí que la piedra de baxo ni la de arriba no quedó en obra, antes no quedó piedra sobre piedra. E las gentes complieron con el emperador el mandamiento que les mandó; assí que ninguna parte del adarve ni de la cibdad no quedó que todo no fuesse derribado. E después todas las otras casas fueron derribadas, salvo el templo de Salomón e la torre de David, ca Dios no quiso que fuesse derribado. Y con esto fue complida la profecía.

Empero antes que las casas de la cibdad ninguna derribassen, Titus cavalgó por la cibdad, e fizo allegar todas las gentes de armas quantas avía en la cibdad, assí de cavallo como de pie, de las quales la cibdad era bien guarnescida. E de todas las nobles joyas de casas que eran sin cuento, y todos los paños de oro o de seda; e desque todo esto fue allegado, fizolo llevar a las tiendas fuera de la cibdad, por tal que no se perdiessen más. A la reyna e a su compañera Clarisa hallaron muertas de hambre en su casa. E quando la cibdad fue toda destruyda, el emperador hizo aparejar todas sus gentes para tonar a Roma e luego fueron aparejados. E quando vino otro día de mañana, el emperador con toda su hueste partieron de Iherusalén, e viniéronse para la cibdad de Acre; e por el camino yva Pilatos con los otros judíos delante el emperador, las manos atadas e bien guardado. E quando fueron llegados en Acre, estuvieron ay tres días, e vino ay el cavallero que avía comprado el primer dinero de los judíos ante el emperador, e traxo consigo el judío que él avía assegurado de muerte, e dixo al emperador:

—Señor, yo asseguré a este judío de muerte por esta razón: que sabéys que yo ove comprado el primero dinero de los judíos y los ove llevado a la mi tienda, y saqué la mi espada e maté el uno, e como le saqué el espada del cuerpo, salió d' él oro y plata, de la qual cosa yo fue mucho maravillado; e tomé este judío aparte, e díxele que me dixesse qué cosa podría ser esto; e él no me lo quiso dezir hasta que lo asegurasse de muerte; por que vos ruego, señor, que toméys éste que yo asseguré, e dadme otro que mate en lugar de éste, ca por cierto cumplir quiero mi dinero, pues lo merqué.

E el emperador dióle el más sutil judío que ay era, e él tomó el del cavallero, e el cavallero mató al judío luego, e sacó lo que tenía en el cuerpo.

CAPÍTULO XXIII. —De cómo partió el emperador de Acre para tornar a Roma

Quando el emperador ovo estado tres días en Acre, partió con toda su gente todo quanto avía ganado en Iherusalén, assí que no tomó nada para sí. E hecho esto, hizo aparejar tres naos, e en cada una destas tres naos hizo poner los judíos, entre hombres, e mugeres, e criaturas, e sin marineros ningunos e sin hombres que pudiessen regir las naos en los mares, e menos de viandas; e hízolos echar del puerto que es delante del castillo de Jafa, e déxolo yr; mas nuestro señor Jesu Christo, que quiso que la su muerte fuesse remembrada, salvó todas las naves, e quantos dentro eran, e vino a arribar la una nave en Inglaterra, e la otra en Burdeos, e la otra en Narbona, e todos salieron sanos e salvos, de la qual cosa hovieron gran gozo y placer, e cuydavan que Dios lo avía hecho por amor dellos, e hízolo porque a todos tiempos fuessen vituperados e denostados, e escarnecidos de todas las gentes por la su muerte; e hizo ay un gran milagro, que todos quantos fueron en una nave, todos avían su tiempo, bien assí como si mugeres fuessen, e fue caso de ventura que después que partieron de Acre, el emperador ni otra persona nunca supieron dellos cosa ninguna hasta que fueron apartados cada uno en su tierra, empero que antes que el emperador embiasse los judíos, sacó a Joseph Abarimatía de la prisión en la qual lo avían metido por embidia, por quanto él avía descendido de la cruz el cuerpo de Jesu Christo, e lo avía metido en el monumento que él avía fecho para sí; e luego en essa ora que él ovo descendido de la cruz el cuerpo de Jesu Christo, fue preso, e el padre de uno de aquellos que el emperador dexava, que ya era fecho luengo tiempo avía; e aquí Joseph estuvo .xl. años; mas a él no le semejó que oviesse estado tanto tiempo como desde el viernes que descendió de la cruz el cuerpo de Jesu Christo, hasta el domingo que dixerón que Jesu Christo era resucitado; e a todos tiempos estuvo conortado de la gracia de Dios; e mientras que estuvo en la prisión, tomo ante sí el santo Graal continuamente, el qual

le embió nuestro señor Jesu Christo luego como fue en la prisión encarcelado; mas esto dexaron estar, porque Jafel no lo ponía en olvido, e hablara d'él en el *Libro del santo Greal*.

CAPÍTULO XXIV. —*Cómo el emperador se acogió con su compañía en las naos para se tornar en Roma*

El emperador hizo llamar a su senescal e a Jacob e a Jafel, e mandóles que recogiesen todas las armaduras en las naves, e las aparejasen muy bien de viandas e de todas las cosas que fuessen menester, e luego fue hecho, e después fizo recoger los cavalleros e todas las otras gentes; e después recogéronse el emperador e su hijo Titus, e Jacob, e Jafel, e partieron de Acre, e Dios les dio tan buen tiempo, que a los .xl. días aportaron al puerto de Barleta sanos e salvos; e en tierra, e todos los cavalleros, e todas las otras gentes, e sacaron todas las bestias e armas en tierra, e folgaron allí tres días; e después pusiéronse en el camino e viniéronse a Roma; e como el papa sant Clemente supo que el emperador venía, hizo aparejar todos sus clérigos, e ordenó su processión a loor e gloria de nuestro señor Dios, e muy ordenadamente, con muchos que le siguieron muy devotamente, salieron bien fuera a recibir los emperadores; e quando vieron venir a san Clemente con gran processión, hovieron muy gran gozo, e luego descabalgaron, e fuéronse a abraçar e besar, e todos en uno dieron gracias a Dios que les avía dado vitoria contra sus enemigos, e devotamente siguieron la processión, e assí entraron en Roma.

Grande fue el gozo e la fiesta que hizieron las gentes de Roma por la venida de los emperadores e de todas las otras gentes que venían con ellos, e esta fiesta duró ocho días, empero que cada día yvan ordenadamente a oír el sermón que hazía sant Clemente. Assí que muchas gentes se convirtieron en aquellos ocho días, mas que no avían hecho antes, e esto por la gran devoción e consolación del emperador; empero no se osaban baptizar fasta que el emperador e su hijo Titus ovieron començado, ca temíanse de ser revtados. Y quando el emperador ovo estado ocho días, san Clemente lo fue a ver, e díxole:

— Señor, pues Jesu Christo nuestro señor vos a fecho tanta gracia que avéis tomado vengança de la su muerte, e soys sano con toda la vuestra gente, ruégovos que lo mantengáys lo que le posistes, quando de Roma partistes para yr a Hierusalem.

E el emperador le dixo:

— Ruégovos que me digáys qué cosa le prometí.

San Clemente le dixo:

— Señor, bien vos devéys acordar que vos le prometistes que quando seríades tornado de Hierusalem, e oviéssedes tomado vengança de la su muerte, si a él plazía que tornásedes, que luego os baptizaríades; yo vos ruego, señor, que cumpláys por obra según que prometistes.

Respondió el emperador a san Clemente, e dixo:

— Amigo de Dios, yo vos lo otorgo, e ruego yo a Dios que a placer suyo sea; e con tanto fazed aparejar lo que es menester para ello.

E san Clemente se partió del emperador con gran gozo, por quanto avía acabado su intención con el emperador, e mandó a sus clérigos y curas que aparejasen sus fuentes del baptismo quanto más honradamente pudiesen, porque el emperador e su hijo Titus se avían de baptizar, y todos sus cavalleros, e después todas las otras gentes; y ellos ovieron muy gran gozo, e de hecho aparejaron las fuentes muy honradamente, e a cabo de tercero día que las fuentes fueron aparejadas, san Clemente tornó al emperador e díxole:

—Señor, ya aparejadas son las fuentes, ruégovos que nos vayamos a la yglesia, e baptizarvos hedes.

E luego se fueron para la yglesia, y el emperador le dixo:

—A placer de Dios sea hecho.

CAPÍTULO XXV. — *Cómo se baptizó el emperador e su hijo Titus y sus cavalleros*

El emperador, e Titus su hijo, vinieron con san Clemente a la iglesia de san Simón e Justo, y ay san Clemente se aparejó con sus clérigos, e començaron el officio muy solenemente según que se devía hazer; y luego se baptizó el emperador primero en el nombre del Padre e del Hijo e del Espíritu Santo, amén. Y no le mudaron el nombre Vespasiano; e después se baptizó Titus, y no le mudaron el nombre; y después se baptizaron Jacob e Jafel, y su sobrino, y el senescal, e a muchos fueron mudados sus nombres; y se baptizó después toda la gente del emperador; y quando toda la gente fue baptizada y el officio fue acabado, el emperador y todos los otros fueron a comer, y folgaron todo aquel día con gran placer, y quando vino otro día por la mañana, el emperador y Titus, con todo el pueblo ayuntado, vinieron a la yglesia a oír la missa, e dezían todos a una boz:

—Señor, baptízanos.

Quando san Clemente oyó dezir al pueblo que querían baptismo, ovo muy gran placer, e dio muchas gracias a Dios cómo los avía alumbrado, e mandó henchir cien tinajas de agua, e quando fueron llenas, san Clemente las santiguó, diziendo aquellas santas oraciones del baptismo, e quando ovo hecho el officio, dixo al pueblo:

—Entrad dentro en el agua, en el nombre del Padre e del Hijo e del Espíritu Santo, e seréys christianos e hijos de Dios.

Y quando el pueblo lo oyó, entraron en aquella agua sagrada, cada uno quanto más podía, e assí se baptizaron; y adoraron un solo Dios Jesu Christo. E nuestro Señor hizo aquí un grande milagro en essa ora, que todos quantos ay eran, que se hizieron christianos, fueron todos maravillados que de qualquier enfermedad o dolencia que oviessen antes del baptismo, luego que fueron baptizados se hallaron sanos e limpios de la dolencia, bien assí como si todos tiempos oviessen estado sanos. E sobre este milagro sant Clemente hizo su sermón, e les predicó muy largamente de la fe católica, e de la vida de Jesu Christo, e de los milagros que él hazía quando yva por la tierra, e de las otras cosas que fazía. E quando ovo acabado su sermón e el officio fue acabado, e la missa fue dicha, el emperador mandó que todos los templos de los ydolos fuessen derrocados e abatidos, en tal manera que no quedasse piedra sobre piedra. E luego fue hecho ese día. E quando esta fiesta ovo durado ocho días, ayuntáronse todos los cavalleros y nobles de la cibdad en el palacio del emperador, e estava ay sant Clemente con los emperadores. E dixéronle:

—Señor, muchos tiempos ha que cada uno de nós somos fuera de su tierra; pues, señor, avemos cumplido la vuestra voluntad, plégavos que nos tornemos en nuestras tierras.

Y el emperador respondió que le plazía. E dióles grandes dones a cada uno según qué era. E con su gracia todos tomaron licencia, e se partieron del emperador e de Titus, e de toda la corte. Y quando esto fue hecho, rogaron a sant Clemente que les diesse por escrito los diez mandamientos de la ley, y los quatorze artículos de la fe católica, e el pater noster, y el ave maría, e todas las otras cosas que son menester de tener assí como fieles christianos, por quanto cada uno pudiesse hazer la gente a la fe católica. E sant Clemente fizo escrevir a cada uno todas aquestas cosas, e muchas otras que aquí no son escritas. E quando lo ovieron recebido, tomaron licencia de sant Clemente, e tornáronse para sus tierras e cada uno hazía bautizar sus pueblos e tornar a la fe católica, la qual

fue ensalçada por todo el pueblo e imperio de Roma; y las gentes fueron salidas del error de los diablos en que creýan, e destruyeron todos los ýdolos, e adoraron un dios todo poderoso, Padre e Hijo e Espiritu Santo, e creyeron todos en él firmemente, e sant Clemente visitávalos a menudo con cartas suyas, e embiávales epístolas e evangelios, que son creelcia de la santa fe católica, e información de las sus ánimas.

CAPÍTULO XXVI. — *Cómo el emperador mandó traer ante sí a Pilatos y cómo fue juzgado a muerte*

Después que el emperador ovo dado licencia a sus cavalleros e se partió, el emperador mandó al senescal que traxesse a Pilatos delante dél, quando oviesse oýdo la missa antes que comiesse; e el senescal dixo que le plazía de hazer su mandamiento; e quando los emperadores ovieron oýdo missa, la qual ovo dicho sant Clemente con ellos; e el emperador hízolo andar en medio de ambos a dos. Y el senescal hizo traer a Pilatos delante el emperador, con grandes cadenas según que estava preso, e el emperador mandó que fiziessen venir los senadores de Roma, e quando fueron venidos, el emperador les dixo:

— Sabed que el honrado padre mío César Augusto encomendó a toda la tierra de Jerusalem a Pilatos que aquí está, e quiso que fuesse su adelantado. E Pilatos embiávale el tributo que él avía de aver cada año, e embiólo mientras él bivió. E después de su muerte, embiólo a mí tres años, e conocíame por señor, según que al honrado mi padre conocía por señor; e después de aquí adelante no me ha embiado el tributo de siete años; e quando le embié el mi honrado senescal el qual le llevó una carta mía, e le dixo que me embiasse el tributo que él me devía de siete años aun más del año presente, respondió muy abiltadamente con grandes amenazas, diziendo que no me embiaría ningún tributo, ca no me lo devía ni me conocía por señor, e que guardasse yo bien a Roma e a mi imperio, que assí faría él a Hierusalem de mí e de todos los nuestros valedores. E aún es más culpado en quanto no justamente juzgó al sancto profeta Jesu Christo, el qual los judíos tomaron a gran tuerto, y esto sabía él muy bien, ca ningún mal merecía, e quísolo librar con sentencia a la muerte, e él lo libró veyendo que los judíos le levantavan falso testimonio, e como él toviessse lugar de señorío, poder avía de absolver e de condenar, que lo deviera absolver, pues que lo falló sin culpa, aunque fuera mayor cosa que lo oviera hallado culpable como lo halló sin culpa. Por que vos mandó que según los casos en los quales él cayó malamente, que assí le sea dada la sentencia, e esto que vosotros fiziéredes, yo lo confirmaré.

E los senadores dixeron todos en uno que bien avían entendido las palabras, e eran aparejados de complir la su voluntad por derecho e por razón, mas ellos dixeron al emperador:

— Señor, el honrado vuestro padre César Augusto estableció que todas las sentencias criminales fuessen otorgadas e dadas en Roma por los senadores, por quanto Roma es cabeça de imperio, e después que fuessen llevadas a execución allá donde el emperador toviessse por bien fuera de Roma: por que vos conviene, señor, que vos lo embyéis a justiciar a la cibdad de Albaña; después que la sentencia sea dada e otorgada, en aquella cibdad deven ser justiciados todos aquellos que son culpados de crimen de trayción. Esto ha por derecho aquella cibdad.

E el emperador dixo que le plazía si de derecho era, e que assí fuesse fecho. E luego se entraron los senadores en una sala, e allí ordenaron la sentencia contra Pilatos, e venieron delante el emperador, e leyeron la sentencia delante Pilatos que era presente.

CAPÍTULO XXVII. — *Cómo fue llevado Pilatos a la cibdad de Albaña, e lo metieron en el pozo*

Quando la sentencia fue leýda, el emperador mandó a treynta cavalleros que aparejassen en cómo llevassen a Pilatos sabiamente a la cibdad de Albaña, e que llevassen la sentencia, porque los cibdadanos la llevassen a execución. E luego fueron aparejados, e vinieron delante el emperador, e el emperador dióles la sentencia, e rescibieron el preso muy bien atado en un cavallo. E cavalgaron, e vinieron a la cibdad de Albaña, e por quanto los cavalleros venían por mandamiento del emperador, saliéronlos a recibir con muy gran alegría. Y los rescibieron con grande honra, e les fizieron muchos plazerres. E quando fueron entrados en la cibdad, los cavalleros que traían el preso, quisieron saber cuál era el alguazil de todos los de la cibdad, e fueles mostrado cuál era alguazil. E él lo dixeron que querían yr a su casa del alguazil, antes que a otro lugar, e todos juntos se fueron a las casas del alguazil, e ay descavalgaron. E quando todos fueron ayuntados en un portal que ay estava muy bueno, el uno de los cavalleros començó a dezir al alguazil:

— Señor, el emperador e nuestro señor e vuestro, vos embía a saludar; y embíavos por nosotros este preso y esta sentencia que por los senadores de Roma fue ordenada contra este preso; e mándavos que la sentencia sea llevada a execución, según que es escripto e ordenado, ca dentro lo hallaredes; e catad aquí la carta, creednos.

Y el alguazil e los cibdadanos, estando en uno, recibieron el preso, e la sentencia, e la carta del emperador, e dixeron que eran prestos e aparejados de complir el mandamiento del emperador su señor. E luego fue hecha la execución en la forma que en la sentencia venía ordenada, e ellos tomaron a Pilatos, e pusiéronlo en un pozo de costado en el agua, e atravessáronle una cadena en que se possase, e posiéronle una barra de hierro ante los pechos; e todas las prisiones cerrávanse con un candado, e estava ay atado, tan estrecho que no se podía bolver, ni mover a una parte ni a otra. E dentro en el agua pusiéronle una tabla en que se sostenía, e ordenaron que cada día le diessen dos onças de pan e otras dos onças de agua, e no más en quanto biviesse, e posieron por guarda a un hombre que no hiziesse ál sino tan solamente dar de comer al presso según que fue ordenado; e en este dolor bivió Pilatos dos años.

CAPÍTULO XXVIII. — *Cómo el alguazil de Albaña hizo poner a Pilatos en el río en una casa, e se hundió la casa*

A cabo de dos años, el alguazil de Albaña fizo ayuntar todos los cibdadanos de la cibdad, por tomar consejo qué haría de Pilatos, que aún era bivo en la prisión; e quando fueron todos ayuntados, el alguazil les contó cómo Pilatos era aún bivo, y que les rogava que cada uno le diesse consejo, el mejor que cada uno pudiesse, qué haría de Pilatos, en tal manera que él no cayesse en caso con el emperador su señor; y de todos diéronle consejo que lo pusiessen en la casa del río, e luego que el consejo fue dado al alguazil, hizo sacar a Pilatos de la prisión del pozo en que estava. E salió flaco e mezquino, que no se podía tener en los pies. Y cavalgáronlo en un rocín. E sacáronlo fuera de la cibdad. E llegáronlo al cabo de la puente; e fue aparejada una barca, con la qual entrasse en aquella casa que era en medio del río, porque era así establecido e ordenado en la cibdad que todos los que fuessen sentenciados a muerte de crimen de trayción, que los ponían en aquella casa, e ay morían de hambre, e quando el alguazil fue venido con otros hombres de la cibdad, fizo poner a Pilatos en la barca, e después entró él e muchos otros, e vinieron a la casa que era en medio del río; e luego que ellos se allegaron a la casa, se començó a trastornar la casa e toda a temblar, de lo qual ovieron gran miedo e espanto; e pusieron a Pilatos en la casa sin ningunas viandas, que assí

era ordenado; e quando se ovieron recogido a la barca, y fueron salidos en tierra, se entró la casa en el abismo con Pilatos, ca no parecía piedra, ni pared, ni señal que hombre pudiesse dezir que allí hoviesse estado casa, salvo que allí remolinava el agua en aquel lugar por todos tiempos, por lo qual el hombre conocía el lugar donde solía estar la casa; e esto hovieron todos a grande maravilla; e luego embiaron al emperador sus mensajeros con cartas, en las quales le hazían saber en qué manera e cómo Pilatos murió.

E quando el emperador ovo leýdo las cartas, e supo que de tal manera Pilatos era muerto, hizose mucho maravillado, e todos los nobles e grandes que con él estavan; e dixeron:

—Bendito sea nuestro señor Dios que tal muerte le ha dado, que no quiso que en el pozo muriesse, en el qual él no podía bivar con tan poca vianda medio año, si ya no fuera voluntad de nuestro señor Jesu Christo que la puede hazer.

CAPÍTULO XXIX. — *Cómo fue condenado Pilatos al diablo por quanto no hovo arrepentimiento*

El mal hombre que tan estrechamente avía estado dos años en la prisión del pozo y no se quiso arrepentir de tanto mal como él avía fecho, ca Dios le oviera avido merced si se la oviera demandado, e le perdonara. Mas por quanto no se arrepentió, nuestro señor Jesu Christo quiso que fuesse compañero del diablo, e según que avéys oýdo fue vengada la muerte e la pasión de Jesu Christo por el emperador Vespasiano, emperador de Roma, e por Titus su hijo fue destruyda la cibdad de Iherusalem, porque después acá no ha avido en ella abitación de aquellas gentes.

CONCLUSIÓN

Esta ystoria ordenó Jacob e Joseph Abarimatía, que a todas estas cosas fueron presentes, e Jafel, que de su mano la escribió; donde roguemos a Dios, e a la Virgen María, e a todos los sanctos e sanctas, que nos guarden de todo mal, porque merezcamos yr a la gloria. Amén.

